

revueltas, reclamaciones y aun hostilidades; ¿de quanto peso no debia haber parecido al señor preopinante la autoridad de la comision en este punto, quando su dictamen está apoyado en confesiones arrancadas á los contrarios á su opinion? De aquí resulta que el Sr. Ostolaza no ha entendido lo que dice la comision; que no fué á buscar la opinion de Mariana y Zurita para corroborar la suya, sino hechos referidos por estos dos escritores, que tan grandemente justifican su dictamen en ambos puntos.

„Tambien ha dicho el señor preopinante que para establecer la Inquisicion no habia necesitado Fernando el Católico el consentimiento de las Córtes. Segun la doctrina del señor preopinante podrá muy bien sentarse este principio. Mas como yo no puedo desentenderme de derechos que jamas se pierden ni prescriben, debo decir que la historia nos conserva la oposicion que hizo el reyno á la introduccion de un tribunal que tanto comprometia sus fueros y libertades. Si la oposicion no produjo los saludables efectos que eran de esperar, eso probará todo lo que se quiera menos la asercion del señor preopinante. Y para hablar de buena fe, ¿qué cuidado no ha tenido siempre la Inquisicion en ocultar, y, quando le ha sido posible, destruir quantos monumentos pudiesen transmitir á la posteridad la oposicion y resistencia de los españoles á su establecimiento? Sin embargo, en el dictamen de la comision hay gran número de pruebas que demuestran hasta la evidencia que la nacion fué sorprendida, y que despues de haber conocido el error cometido en haber tolerado tan perjudicial establecimiento, hizo quanto pudo hacer para enmendarlo. Usó en varios parages y épocas hasta de la insurreccion; y reclamó del modo que era compatible con la libertad de aquellos tiempos por medio de sus representantes. Si unas Córtes tan oprimidas con el inmenso poder de los reyes reclamaron en Valladolid y otras partes como reclamaron; si unos diputados, sin tener declarada la inviolabilidad de sus opiniones por una ley clara y terminante, tuvieron valor para presentar al rey la peticion xi de las Córtes del año 1518, en que pedian, entre otras cosas, que los jueces que se nombrasen para entender en las causas de fe (no los *jueces inquisidores*, como suponía el Sr. Ostolaza, pues que en la peticion original no hay tal aditamento) fuesen de tal edad, con todo lo demas que comprehende la peticion; si esto, digo, lo pidieron y volvieron á pedir á vista de la Inquisicion establecida ya en el pleno exercicio de su ilimitada y tremenda autoridad, ¿qué no hubieran hecho al introducirse en Castilla por Fernando el Católico, si hubiesen podido prever los desafueros, atrocidades y trastorno que causó en el reyno semejante institucion? Un establecimiento que comienza en sus procesos preguntando al reo si está convencido de la rectitud del tribunal, y lo castiga si no lo confiesa, ¿qué libertad podia dexar á las Córtes de aquel tiempo para pedir su abolicion á unos principes que lo introduxeron por razones políticas, que creían del mayor interes á su poder absoluto? Sin embargo, reclamaron muchas veces, como lo hace ver la comision. ¿Y puede entonces decirse, en principios de buena política, que los Reyes Católicos no necesitaban del consentimiento de las Córtes para establecer un tribunal que iba á trastornar, como de hecho trastornó, no solo la legislacion criminal del reyno, sino tambien toda nuestra constitucion? Ya se ve: para deducir las conseqüencias que acomodan al se-

ñor preopinante, era preciso establecer los principios del poder arbitrario; mas el Congreso tiene resuelta esta gran cuestión, y así no es del caso insistir mas.

„Deduce tambien el señor preopinante de lo dicho por la comisión en su dictamen, que se seguiria de sus principios que Fernando el Católico fué un déspota. Tal vez no hay ninguno que tenga idea mas alta de este príncipe que yo, como gefe de un Gobierno tan alterado y combatido como lo fué el de Castilla por las turbulencias de los grandes, y como adversario de los grandes principios que dominaban en su tiempo en los principales estados de Europa, si atendemos á lo descuidada que habia sido su educacion, y á los incidentes ocurridos con motivo de sus guerras dentro y fuera del reyno. Pero al mismo tiempo soy el primero á confesar que la piedad que le atribuyen los defensores de la Inquisición, fundados en que la estableció en Castilla y en la persecucion de los hereges, está muy poco de acuerdo con su conducta con los judíos, y mas particularmente con los moros de Granada. La religion fué el pretexto en este príncipe para introducir una medida, que al principio parecia solo dirigida contra los que excitaban la animosidad nacional, que con tanta astucia y artificio se procuraba excitar; pero que en realidad, despues de adoptada sin rezelo ni sospechas, iba á poner en las manos del rey un medio seguro de hacerse formidable y absoluto, como lo fueron él y sus sucesores. Mas para contraerme al objeto ostensible de la Inquisición, en el dictamen se dice con mucho fundamento qué razones políticas induxeron á los Reyes Católicos á introducirle en Castilla. La comisión lo indica suficientemente para todo el que esté versado en la historia de la época, y conozca el carácter astuto y solerte, si puedo decir así, del Rey Católico. Yo añadiré otra reflexión bien obvia para todo aquel que medite las circunstancias en que se halló despues de conquistada Granada, sin que por eso pueda yo aprobar los medios de que se valió para asegurar sus conquistas y sus usurpaciones sobre los derechos de sus súbditos en Castilla. Conquistada Granada, digo, este príncipe se ligó por una capitulacion solemne con el Rey Chico y los moros que eligieron permanecer en España. Entre otras condiciones se estipuló formalmente el que profesarian con toda libertad su religion, conservarian en ciertos casos jueces propios, y serian protegidos en todos los demas privilegios y exenciones expresamente concedidas, como tambien en sus personas y propiedades. El cautivo rey, retirado en un estado que se le habia asignado en el reyno de Murcia, á la vista de sus anteriores súbditos, y con la memoria de su pasada autoridad, no podia inspirar gran seguridad á su vencedor; los disgustos y los riesgos le obligaron al fin á abandonarlo todo y pasarse á Africa. Mas los árabes continuaban en el reyno: vivian en la costa opuesta á aquella region y sus inmediaciones; podian facilitar no solo las comunicaciones, sino provocar y proteger una invasion. Los judíos, íntimamente unidos con ellos, no solo por sus anteriores relaciones, sino por la condicion de personas vigiladas, odiadas y perseguidas, á pesar de sus amaños y riquezas, aumentaban las sospechas é inquietudes de Fernando el Católico, quien al cabo no podia, sin comprometer abiertamente su misma autoridad y decoro dentro y fuera del reyno, desentenderse de los tratados y leyes protectoras de ambas ra-

zas. La Inquisicion era un medio que lo salvaba todo, cohonestando su establecimiento con el interes de la religion; así como hoy dia sirve de pretexto para sostenerla despues del convencimiento y odio universal de los hombres ilustrados, y á pesar de ser un establecimiento que no está en armonía con ninguna institucion social de los países mismos católicos. Y qué, ¿aventuraré yo nada en decir que Fernando v se aprovechó de la predisposicion que necesariamente habia de haber en Castilla hácia los moros sometidos de Granada y los judíos de las demas provincias, para dirigir contra ellos una comision de Roma, que perseguia en otras partes á los apóstatas de la religion? ¿Y donde podia haber mayor número de estos que en un país en que estas dos infelices razas no tenian otro medio de conjurar la abierta persecucion que sufrían, sino fingiéndose convertidos á la creencia de sus conquistadores y enemigos? Su exterminio era seguro, como se vió despues; tanto mas que salvaba las apariencias de la justicia. Si esto es imputacion, díganlo los hechos: el gobierno todo de Fernando el Católico, y su proceder con todos los que llegaron de un modo ó de otro á excitar rezelos ó temores en su ánimo sagaz y desconfiado, y no la comision, sino el que le haya observado atentamente, podrá satisfacer al señor preopinante sobre su proceder justo ó despótico. Por lo demas, quanto se diga para debilitar las razones de la comision es inútil, mientras con hechos y racionios fundados en ellos no se demuestre que se equivocó en suponer uno de los dos primeros puntos que la obligaron á recurrir á la historia de la misma Inquisicion, esto es, que fué resistida en su origen y contradicha en todas las épocas, del modo que lo permitia el inmenso poder de aquella. Si la comision no hubiese sido tan circunspecta, hubiera presentado, para satisfaccion de los que ignoren lo que es sabido de todo literato, una copia fiel y respetable de la famosa pragmática de Carlos v, extendida por el canceller Selvaggio, por la qual se reformaba la Inquisicion muy á la manera que se hace en el proyecto de decreto: pragmática por la que el canceller recibió de las Cortes de Castilla una cantidad, cuyo importe no recuerdo ahora, y la oferta de otra igual, me parece, luego que se publicase. La muerte de este apreciable extrangero frustró las esperanzas de todos, porque la Inquisicion prevaleció en sus intrigas. Y entonces se veria qué puede ser un establecimiento que en su misma cuna exigía una reforma tan radical que lo destruía y trastornaba en una institucion del todo diversa.

„No es menos singular el modo de impugnar á la comision, quando dice que la autoridad eclesiástica de la Inquisicion reside solo en el inquisidor general. La impugnacion consiste únicamente en decir que esto es falso. ¿Y á quien incumbe la prueba en todo caso? ¿No será á los que sostienen la solicitud de los inquisidores de la Suprema? ¿Es posible que una bula tan esencial que reviste á unos simples presbíteros en la vacante de la autoridad prelatia, con inhibicion de los obispos, no se haya presentado como cabeza del expediente? Quando provocados los inquisidores por su propio interes, no menos que por las controversias suscitadas sobre este punto, no han podido exhibirla, ni aun en copia auténtica, ¿qué deberá juzgar el consejo? ¿Valdrá la conseja que se cuenta de que quando venia de Roma pereció en un naufragio, sin que se eche de ver que un documen-

to de esta importancia y gravedad debe existir original en el protocolo de la dataria ó cancelaría, y que el consejo de la Suprema habria tenido buen cuidado de solicitar un trasunto al momento de haber sabido su pérdida? Supongamos, Señor, que existiese; y qué, ¿en la duda sería conforme á los principios del señor preopinante permitir el Congreso el uso de una autoridad fundada en una comision ó bula, cuya realidad está controvertida, esto es, se halla *sub judice*? Esto sí que sería promover un verdadero cisma. A su tiempo demostraré que aun quando el consejo de la Inquisicion se halle autorizado para la vacante, el punto que debe resolver el Congreso es independiente de la existencia ó no existencia de la bula, y la comision lo dice bien claro: ¿El restablecimiento de la Inquisicion conviene á los fines mismos de la religion y á la libertad y prosperidad del reyno? Esta es la verdadera cuestión, cuya resolucion debe hacerse por sus verdaderos principios.

„Antes de concluir estas contestaciones á la impugnacion del Sr. *Ortolaza*, no puedo omitir una llamada, ó sea apelacion á los militares, en que digo francamente que veo mas malignidad que destreza. Acusa á la comision porque los priva del fuero militar en la minuta del decreto. ¿Pues no es el Sr. *Ortolaza* el que pide pura y simplemente el restablecimiento de la Inquisicion? ¿Y quando ha reconocido esta fuero alguno, ni aun en los reyes? En todo caso no sería sobre la comision sobre quien vendría á recaer la odiosidad de una clase no menos benemérita que ilustrada; y mucho menos si el señor preopinante hubiese reflexionado que existe y se ha publicado una representacion firmada de varios oficiales generales, en que se pedia el restablecimiento del tribunal, sin que en ella se hablase de exención de fuero. ¿Qué medio tan fácil es este de impugnar á la comision!

„No menos ha llamado mi atencion el voto escrito del Sr. *Hermida*, no por las reflexiones que contiene sobre la materia, sino por otras circunstancias. Siento infinito que este señor diputado no se halle presente en este momento. Su ausencia me contiene mucho, y aun nada diría sobre su voto, si no fuera porque es para mi persona de mucho respeto y veneracion, y nada que diga en el Congreso puedo yo escucharlo con indiferencia. Se queja este señor del ansia con que los jóvenes corren tras las máximas francesas. No percibo bien la alusion que pueda hacerse con este dicho al punto que se discute. El odio y resistencia á la Inquisicion es muy propio de los españoles, é infinitamente anterior á la época en que se supone que las doctrinas de Francia han comenzado á cundir en España. Al fin la comision se remite en todo esto á su dictámen. Por lo demas es antiquísima: es de todos los países y de todas las épocas la oposicion de los ancianos á los jóvenes. Yo no negaré la preferencia que se merece la circunspeccion, la sabiduría y la experiencia que trae consigo la edad; pero, Señor, si la juventud tiene defectos, tambien la decrepitud adolece de achaques. Yo hubiera deseado que las indisposiciones del Sr. *Hermida* le hubieran permitido ilustrar al Congreso con sus luces en ocasiones anteriores á la cuestión del día; y aun en ella es lástima que no haya contraído las reflexiones generales de su escrito, y que nada prueban contra el dictámen de la comision al punto que se discute. Sus conocimientos y su experiencia hubieran tal vez ilustrado al Congreso, ya que el objeto de

su venida á él en aquel dia era consignar su voto antes de baxar al sepulcro para que no se tomara una resolucion que á su parecer podia acarrear tantos males. La Inquisicion, Señor, no es un establecimiento desconocido para las personas de las qualidades del *Sr. Hermida*: su opinion acerca de su influxo, utilidad ó perjuicio, no puede ser de este momento; ha debido pre-existir con mucha anterioridad, y el peso de su dictámen, fundado no con generalidades, que ninguna fuerza tendrán jamas en los Congresos, sino con otra clase de argumentos, podria haber evitado estas desgracias que tanto rezela de la fogosidad é inexperiencia de los jóvenes. En obsequio de la verdad no debo omitir que las Cortes no pueden en este punto correr ese riesgo. El dictámen de la comision es fruto del saber, doctrina, juicio y religiosidad de personas provectas, detenidas y de gran prudencia; y yo pobre de mí no presumo tener en él mas parte que la gloria de haber podido unir mi firma á la de mis dignos compañeros, como individuo de la comision. Y aun tenia esta otra autoridad que poder seguir en su informe, que en todo caso parece debia disculparla en la opinion de este señor, si acaso las razones de su dictámen no eran suficientes. La Inquisicion por un tratado formal, celebrado recientemente con nuestros aliados, no podrá establecerse en los dominios de una potencia que tanto respeta y aprecia el *Sr. Hermida*; y posteriormente á esta solemne estipulacion, y como consecuencia del mismo tratado, acaba de ser abolida en Goa, donde estaba establecida como en España, y por la concurrencia tambien de la autoridad eclesiástica. Sin embargo el Papa estaba incomunicado; y esta circunstancia no ha sido parte para que el reyno de Portugal quedase fuera de la comunión católica, ni dexasen sus príncipes de ser menos atendidos en sus intereses por los mismos que ahora miran á la comision como herética, y que sé yo quantas otras atrocidades mas.

„Pero, Señor, lo que no puedo pasar en silencio es la asercion que el mismo señor diputado hace en su voto de que le constan los remordimientos y arrepentimiento de Macanaz y Campomanes en sus últimos instantes por las doctrinas que habian sostenido en su juventud; ignoro á qué doctrina quiera aludirse; pero sin desmentir al *Sr. Hermida*, perdóneme este señor que yo no crea sobre solo la autoridad de su desnudo dicho un hecho tan contrario á todo lo que arrojan de sí los sabios, profundos y juiciosos escritos de estos dos eminentes españoles. Yo no me hallé, es verdad, en su fallecimiento á la cabecera de su cama, ni fuí albacea, ni hombre de sus confianzas. El primero sé que fue extraordinariamente perseguido y maltratado por la Inquisicion, á causa de la envidia de sus enemigos, quienes habrán forjado lo que les estaba bien. Del segundo estoy cierto al ver el temple de su alma, el caracter de firmeza, severidad y valentía que resalta en todas sus obras, que sin un desarreglo de su bien organizada cabeza, que no se haya padecido al tiempo de su muerte, hubiese podido contradecir lo que todo el mundo reconoce por fruto de su inmensa erudicion, solidez y discernimiento. Son muy frecuentes imputaciones semejantes respecto de muchos sabios extrangeros. Si algunas no han sido fraguadas con designio, solo probarán debilidad de su cerebro en aquellos momentos, y nada contra los escritos que esten reconocidos como sabios y profundos por la generalidad de los hombres ilustrados. Lo mismo podria contestarse acerca de Olavide. Es-

te sabio, igualmente perseguido y ultrajado por la Inquisicion, deseoso de volver á España á acabar sus dias, no podia menos de hacer algun acto positivo que le pusiese á cubierto de nuevas vexaciones: escribió una obra buena ó mala. Pero aun es de notar, que la Inquisicion, ó la prohibió ó lo intentó. Y de todas suertes debo asegurar al señor preopinante, que usó de este argumento, que si el *Evangelio en triunfo* es mirado por S. S. como una prueba de arrepentimiento, probaria muy poco al intento. Yo de mí sé decir, que si no tuviese otros fundamentos para estar firme en la religion, no seria lo que me confirmaria en ella una obra en que me parece estan esforzados los argumentos y debilitadas las pruebas. Pero no nos extraviemos.

„Desembarazado de alguno de los argumentos de los dos señores preopinantes que puedo recordar, y que parece iban dirigidos mas á evitar la discusion que á entrar en la materia, me dirigiré á los del Sr. *Inguanzo*, que al fin ha admitido francamente la disputa, entrando de lleno en el todo de la question. Yo querria que no existiesen en este momento algunas circunstancias particulares entre nosotros, que me hacen doblemente sensible esta controversia. Al fin es preciso vindicar á la comision, y sostener su reputacion, tanto mas que se la ha atacado con armas muy prohibidas y poco conformes á la moderacion y templanza de su language. Antes de entrar en la contestacion debo recordar al Congreso que el Sr. *Inguanzo*, y los demas señores que con él firman la exposicion que ha leído al fin de su discurso, confiesan lisa, llana y paladinamente ser cierto que la Inquisicion no es esencial á la religion, y que esta puede subsistir, ora exista ó no aquel tribunal. Lo mismo han confesado en su voto particular los tres señores diputados que disintieron de la comision los Sres. *Bárcena*, *Cañedo* y *Perez*. El Congreso, Señor, la nacion y la posteridad juzgarán si despues de convenir unos y otros señores en una idea semejante, se podia ni aun concebir que la comision fuese tratada de herética, cismática y demas apelaciones ruidosas con que se la ha apostrofado, y si el señor último preopinante era consiguiente diese á su discurso el giro y direccion que procuraré seguir.

„La constitucion y la religion tienen entre sí una incompatibilidad, que hace que esta no pueda admitir la proteccion constitucional, ó sea conforme á sus leyes que se ofrece en la primera proposicion preliminar de la comision. ¡Doloroso es que las Córtes se conviertan en estos momentos en una academia de Derecho público eclesiástico! Pero al fin esta question es inevitable para nosotros, porque no de otra manera se puede examinar una materia tan poco tratada en España por falta de libertad, y que absolutamente reclama toda la ilustracion del Congreso, porque sin una prolixa controversia no podrá ser respetada la resolucion que se tome. Nada diré de la odiosa comparacion que se ha hecho entre la proteccion constitucional que se presenta por la comision, y la que podian ofrecer monstruos y tiranos, que no tuvieron ni aun nociones de justicia y moralidad. La division de la autoridad suprema de la nacion en tres partes distintas para que se ejerza con justas limitaciones, y sin el riesgo de volver á caer baxo un gobierno absoluto, se mira por el señor preopinante como incompatible con el régimen espiritual de la iglesia, en que la autoridad está toda reunida en una

misma mano, y de aquí deduce que la religion no puede ser protegida por una constitucion fundada en principios del todo opuestos. ¡Singular ilacion! No quiero yo entrar en la naturaleza verdadera del gobierno espiritual de la iglesia, ni si la autoridad del Papa, del concilio general y de los obispos en sus respectivas diócesis, y la gerarquia toda eclesiástica, segun la disciplina universal de la iglesia católica, estan de acuerdo con la idea de gobierno absoluto de ella, que ha querido suponer el señor preopinante. Para seguir este raciocinio era preciso abandonar mi propósito, sacrificándole á una vana ostentacion de principios de la escuela, y conocimientos canónicos, de que estoy persuadido abunda el señor preopinante, á vista de la bien establecida reputacion de que siempre ha gozado, sin que á mí me resultase otra utilidad que acreditar que en los diez años que he arrastrado bayetas en una universidad, habia procurado estudiar la facultad á que me he dedicado, como tantos otros de mis colegas. Habiendo en este Congreso tanto número de eclesiásticos doctos é ilustrados en la materia, dexo gustoso á su cuidado y al de mis dignos compañeros de comision, vindicar los derechos episcopales que ha tenido usurpados la Inquisicion por espacio de tres siglos con grande menoscabo de su autoridad y de los fines de su misma institucion. Mi contestacion á estos argumentos irá acompañada de algunas reflexiones, que demostrarán hasta la evidencia el influxo político del establecimiento inquisitorio en la nacion, baxo sus relaciones civiles.

„Digo, pues, Señor, que no siendo el gobierno de la nacion una teocracia, ni tratándose de asimilar el régimen civil al que pueda haber adoptado la iglesia para sí, es bien inútil, por no decir otra cosa, detenerme en lo que ha dicho el señor preopinante. Mas no dexaré de advertir que si su doctrina tuviese entre nosotros muchos sequaces, no habria necesidad de preguntar quien gobernaria el reyno de aquí adelante. La miro como peligrosa, aunque aquel sea reducido. Es imposible que haya paz en las naciones mientras se pretenda que la religion deba de influir en la forma de gobierno que aquellas adopten, ó lo que es lo mismo, que la iglesia sea la que forme constituciones temporales para el régimen de los pueblos. Semejantes doctrinas son subversivas de todo orden social; y no podrá jamas haber, ni libertad, ni independencia en un estado en que los legisladores se dirijan por semejantes principios. El señor preopinante, como versado en la historia eclesiástica, no puede ignorar que la religion católica prescinde de la forma de gobierno de los pueblos en que se profesa ó admite. Nacida baxo los emperadores romanos, tomó de sus instituciones lo que pareció conveniente, luego que dió á su método gerárquico y gubernativo una forma y aparato exterior, de que careció en su origen. La iglesia tuvo buen cuidado de anunciarse en todos los estados á que se extendia, como deseosa de contribuir al orden y tranquilidad de sus pueblos. Y seguramente no hubiera hecho tantos prosélitos, si en los primeros siglos hubiese desenvuelto las pretensiones de Gregorio VII y Bonifacio VIII. Las desgracias y calamidades ocasionadas en toda la Europa por la doctrina ultramontana, por la inmoderacion de los decretalistas, y la desapoderada ambicion de la curia romana en aquella época, creia yo que habian puesto fin á semejantes controversias; y apenas puedo concebir que en el siglo XIX, despues de haberse tratado estas materias tan magistralmente, durante todo el anterior, por escritores nacionales, consejos, fiscales, y juntas consultivas, vuelvan á resus-

citarse en este Congreso; lo que no hubiera sido oído ni tolerado por el gobierno de Carlos III.

„La cuestión, Señor, está reducida á si el Congreso usando del derecho inherente á la autoridad del soberano, puede ó no abolir el tribunal de la Inquisición; si las Cortes, no menos autorizadas que los reyes de España, lo han sido antes de la revolución, pueden decretar que cese en su ejercicio un establecimiento que usa de la jurisdicción espiritual en virtud de comisión pontificia dada al inquisidor general á ruego de los Reyes Católicos, y renovadas las preces por sus sucesores, y de la temporal concedida por los mismos en virtud de cédulas ó decretos. Para resolverlas son inútiles todas las declamaciones de los señores preopinantes; las peticiones de los obispos refugiados en Mallorca, las de los cuerpos y particulares, fraguadas como es notorio por la intriga, y de que la comisión no ha hecho ningún misterio, como irónicamente quiso suponer el Sr. Ostolaza. La comisión no quiso hacer mención nominal de esas representaciones, en que no hay mas que una misma cantinela, repetida, ó mas bien copiada tal vez de un mismo prototipo, porque era preciso revelar al mismo tiempo el vergonzoso manejo que ha habido para promover semejantes recursos, porque no hubiera podido disimular la representación del dignísimo gefe político de Asturias, que espontáneamente dice al Congreso lo ocurrido al preparar la representación que ha dirigido á las Cortes sobre el restablecimiento de la Inquisición el ayuntamiento de Oviedo. Todas estas cosas, digo, són de ningún efecto para la resolución de lo que se discute. Otros principios són los que deben dirigirnos en este debate para satisfacer las dudas de los unos y calmar los escrúpulos de los otros.

„Por máxima fundamental de nuestro Derecho público, ninguna bula, breve ó rescripto pontificio puede admitirse en el reyno sin obtener previamente el conocimiento de la autoridad temporal ó el *Regium exequetur*. Esta regalía no supone derecho para declarar sobre la doctrina en materias dogmáticas ó de disciplina universal, sino para exáminar si con ellas se introduce alguna novedad que sea contraria á las leyes, prerogativas, derechos, usos y costumbres de la nación. Y el rey puede libremente rehusar su admision, siempre que lo juzgue conveniente, fundándose esta prerogativa inherente á la autoridad de que está revestido en el sagrado derecho de la independendencia de las naciones católicas de la autoridad temporal de la Santa Sede. Todas las disposiciones pontificias en materias de disciplina y régimen exterior de la iglesia, en aquellos puntos en que la misma iglesia ha dexado al libre arbitrio de las iglesias particulares el conformarse ó no conformarse con ellas, aunque hayan sido admitidas una vez por algun estado católico, ora por inadvertencia, ora porque no se han previsto al expedirse las bulas respectivas los inconvenientes, están sujetas al mismo derecho de retencion, que entonces se llamará de suspension; sin que por ella se invada en lo mas mínimo la autoridad espiritual de la iglesia, ni se conozca por eso la supremacia de jurisdicción que se reconoce en el Sumo Pontífice, y que distingue á la iglesia católica.

„Nuestra cuestión reclama ahora la aplicacion de esos principios. La Inquisición fué instituida en España en virtud de bula de Roma á solicitud de los reyes de Aragon y Castilla. Los reyes creyeron útil ó necesario aquel establecimiento. ¿Negará el señor preopinante, que si en vez de ha-

ber los Reyes Católicos solicitado la bula que instituyó la Inquisicion, la hubiese expedido el Papa espontáneamente, fundado en la supremacia de jurisdiccion universal que pueda exercer en la iglesia; negará, digo, el señor preopinante, que los reyes tenían derecho de no admitirla, y de impedir que se inhibiese á los obispos del conocimiento de las causas de fe que por derecho divino les compete? Pues si este principio es innegable para todo el que no siga ciegamente la doctrina ultramontana; ¿qual es la razon de diferencia entre no admitir una bula de esta naturaleza, y suspender su uso, reconocidos que sean los inconvenientes que causa su ejercicio? Lo contrario; no seria lo mismo que hacer dependientes de la curia romana á los estados católicos en puntos de gobierno, si estos no podian redimirse de las vexaciones causadas por sus bulas ó breves, ó por los abusos originados de disposiciones tan intolerables, como lo es la Inquisicion? La imprevisión, la falsa política, la tiranía de los reyes ó de sus ministros quedarian sancionadas y legitimadas, y de consiguiente condenada la nacion á no poderse substraer de un yugo tan cruel é insupportable, como lo es la Inquisicion, solo porque los Reyes Católicos habian obtenido de Roma una bula para perseguir á los hereges de un modo distinto que se habia hecho ántes por espacio de quince siglos. Quando Carlos v suspendió la Inquisicion por diez años por su propia autoridad, ¿se le disputó el derecho de mirar por sus pueblos vexados y atropellados por el proceder violento y desconocido de los inquisidores? Quando Carlos iii, *usando de la suprema autoridad económica que me compete* (tales son sus palabras), expulso del reyno á los jesuitas, instituidos en España por bulas de Roma, ¿incurrió en la excomunion, ni desconoció por eso la obediencia debida á la Santa Sede? Fernando iv, rey de Nápoles, aboliendo *soberanamente*, segun la expresion de su decreto, la Inquisicion de Sicilia, ¿quedó por eso fuera de la comunión católica? ¿Qual es el interdicto puesto á sus reynos en virtud de este proceder? ¿Ni como la Silla apostólica pudiera haber usado en estos casos de censuras ni otros remedios acostumbrados contra los que se substraen de su obediencia, sin comprometerse y dar otra vez motivo á las ruidosas contestaciones que han traído tantos disgustos á los estados católicos, y tan poca edificacion á los fieles? ¿La Inquisicion pudo nunca ser mirada por ninguno que no sea un ignorante ó un fanático, sino como un medio de proteger la religion puramente dependiente de las facultades temporales asignadas por los príncipes á estos tribunales, y sin las quales la autoridad espiritual que exercen los inquisidores generales hubiera quedado limitada á la calificacion de la doctrina é imposicion de las penas canónicas? ¿Qué efectos civiles podia producir un juicio inquisitorio, sin la potestad temporal de que está revestido el Santo Oficio? Siendo, pues, un método de proteccion, adoptado en España por los reyes para contener la heregia, nadie puede disputar al Congreso la autoridad de abolirle, y substituirle el que crea mas conforme á los principios y máximas que forman el fundamento de la monarquía. La constitucion reconoce como ley fundamental la religion católica, y ofrece á la nacion protegerla por leyes sábias y justas. ¿Quién ha de ser el juez de la sabiduria y justicia de estas leyes? ¿Los inquisidores, la curia romana, el clero de España, ó la autoridad soberana de la nacion?

„El señor preopinante se ha inquietado inmensamente porque la comi-

sion habla de proteger la ley civil á la religion. Fácil será calmar sus agitaciones, si se atiende á los principios que ha seguido aquella en su informe. La religion tiene dentro de sí misma todos los medios de conservarse hasta la consumacion de los siglos; porque tal es la solemne promesa de su fundador. Pero para que se conserve dentro de los estados en paz y tranquilidad; necesita, ó no, de la proteccion de las leyes? Si no; por qué se ha reclamado siempre, y por qué ahora este calor, esta vehemencia, estos temores de que la religion se pierde sin Inquisicion? Esa misma Propaganda, de que ha hablado el señor diputado, ¿no supone la proteccion de las leyes civiles? ¿Se sostendría con todas esas oficinas y establecimientos que ha indicado si no fuera por el auxilio temporal? Y aun así, ¿qué pocos prosélitos haria si se anunciase en los países á que se dirige con doctrinas tan subversivas como la de los señores preopinantes; si fuese proclamando la necesidad de establecer Inquisiciones por todas partes, y de asimilar las constituciones de los estados al régimen ó poder absoluto que se ha supuesto ser el de la iglesia católica! ¿Es posible que no se haya reflexionado qué católico ha sido el estado de Venecia, la república de Génova, y otros infinitos reynos y provincias de Europa, sin que jamas se haya ocurrido á nadie mirar como incompatible la forma de gobierno y el régimen de la iglesia católica? ¿Quánto hubiera sido de desear que estos señores, que tanto zelo quieren manifestar por la religion, hubiesen procedido con mas política para no hacerla odiosa entre las personas que no disciernen bien el carácter verdadero que la distingue? ¿Qué fácil seria demostrar que su mismo interes se perjudica grandemente con la indiscreta manifestacion de una doctrina, que ademas de haber turbado la paz de los estados católicos en otros tiempos, en el dia puede ser un nuevo obstáculo para que se acaben los rezelos que ha causado la imprudencia y el zelo extraviado de los que equivocaron los principios y máximas del evangelio con su ignorancia y ambicion en los siglos de obscuridad! Tal vez quatro millones y medio de nuestros mismos hermanos, como católicos, solicitan con ansia, despues de veinte años de continuas reclamaciones, el goce de unos derechos que no estan suspensos, sino por la justa inquietud que en otras épocas causaron pretensiones semejantes á las que han descubierto los señores preopinantes en la impugnacion al dictamen que se discute. Y á vista de lo que ha sentado el último señor diputado, ¿no estremece el considerar que su objeto parece se dirige á dar á entender á los incautos y sencillos pueblos, que es preciso optar entre la religion y la constitucion, pues que hace sinónimos la religion y la Inquisicion? Señor, ¿un establecimiento que no existe ya en ningun pais católico fuera de España, se propone en el Congreso como esencial á la religion por los mismos que han confesado lo contrario, valiéndose para ello de medios propios solo para alarmar á los ignorantes y extraviar á los tímidos! ¿Quánto podria yo decir para rebatir esta doctrina si no temiera abusar de la bondad del Congreso! Pero, Señor, oyga V. M. no reflexiones mias, sino decisiones de los reyes de España, consultas de consejos, y dictámenes de juntas, que no serán tachados de novadores. (Leyó el orador en Covarrubias varios autos acordados, consultas del consejo de Castilla, y pareceres de autores &c.) De aquí resulta, Señor.(continuó), que segun las opiniones manifestadas por los señores preopinantes, el Congreso habria retrocedido á un punto in-

concebible de atraso é ignorancia , que no podria ni aun concebirse , como ya he dicho , en la época de Carlos III.

„ Demostrada la autoridad de las Córtes para abolir la Inquisición , convendrá que yo me haga cargo de las razones que reclaman una pronta resolución sobre este punto , ya que los señores preopinantes han dexado intacta la fuerza de las que apoyan el dictamen de la comision. La ilustracion de los señores eclesiásticos del Congreso sabrá exponer mejor que yo , y con otro peso y autoridad , lo que esa misma pureza de religion , tan reclamada por los señores preopinantes , ha perdido con un establecimiento que procede con dolo y cautela en todas ocasiones , que promueve la delacion , y está fundado en la probidad , virtud y sabiduría que se suponen en los jueces llenos de miserias como hombres. Yo renuncio á vivir en un pais que dexa la administracion de la justicia en los puntos de que conoce la Inquisicion al arbitrio de hombres que juzgan en el secreto sin mas regla que su discrecion , sus luces y su moralidad. No me quejo yo de los inquisidores. Nada he tenido jamas que ver con este tribunal , á lo menos que yo sepa , y aun conozco personas muy justas , ilustradas y benéficas , entre otras un digno individuo de la Suprema que hoy está en Cádiz , que han atenuado en lo que podian el rigor de este establecimiento. Mas cabalmente este proceder arbitrario es una de las mas fuertes razones que hacen urgentísima su obligacion. Los reglamentos inquisitorios hacen estremecer á todo el que los lea ; el extracto que hace de ellos la comision para formar el cotejo con las disposiciones constitucionales en el proceso criminal , excusa quanto yo pudiera decir en este punto. En ellos estan violadas todas las reglas de la justicia universal. Las venganzas , las personalidades , todas las pasiones pueden satisfacerse impunemente , sin que haya género alguno de responsabilidad en los inquisidores : son árbitros de hacer lo que les parezca ; y á penas podrá creer la posteridad que haya podido no solo existir tres siglos la Inquisicion , sino sostenerse su restablecimiento con tanto teson en un tiempo , y en el mismo Congreso , en que se han reconocido y sancionado los principios inmutables de la justicia , y las máximas mas respetables de la política. La historia de las vexaciones , de los escandalosos atropellamientos , de los absurdos cometidos por la Inquisicion en todas materias , son las causas justificativas de su abolicion. Apoderada no solo de una autoridad inmensa , sino de los medios de influir en el Gobierno á cada instante , y en todas las situaciones , no era posible reclamar impunemente contra su opresion. Y así es que habiendo secado todas las fuentes de la ilustracion , y aterrado á todos los hombres de luces y de genio , no existen los documentos que podrian presentarnos los males que ha causado en todas épocas , á no acudir á ilaciones , á manuscritos á que estos señores niegan autenticidad , y á cierto género de tradicion que concuerda exáctamente con lo que está ocurriendo en el dia. Yo puedo atestiguar de veinte años á esta parte , época desde que he comenzado á poder juzgar por mí mismo , y época bien fecunda en sucesos favorabilísimos al intento de la comision. De ellos casi diez los he vivido en Madrid , y he presenciado lo que era la Inquisicion. Por un juicio de analogia puedo inferir lo que habrá sido en los tiempos anteriores ; y estoy íntimamente convencido que en todos ha sido , y no ha podido menos de ser , un instrumento formidable del Gobierno para oprimir y exterminar á aquellas personas á quienes por la decencia pública , ó por lo embarazoso de las fórmulas de los tri-

Buñales, no era fácil ó posible sacrificar. Si la Inquisicion estaba instituida para conservar la pureza de la religion; ¿esta pureza no habia de influir en las costumbres públicas y privadas? ¿Creen los señores preopinantes que tenemos mas virtudes de uno y otro género desde que se estableció el Santo Oficio, que ántes de su institucion; ó se contentan solo con la creencia, y descuidan y tienen en nada la pública moralidad? ¿Nos creen á los españoles tan estúpidos, que no echásemos de ver la escandalosa conducta que en los últimos años del anterior reynado se observaba por las personas que mas protegian los tribunales de la Fe, y que no observamos la asombrosa contradiccion que se advertia en el proceder del gefe mismo de la Inquisicion como inquisidor supremo y como cortesano? Ni se diga como se ha indicado que los defectos de los individuos no deben refluir sobre los cuerpos. Esta es una verdad innegable. Mas quando la institucion misma es la que origina los vicios, á la institucion se debe atacar, no á los individuos solamente. Si se hubiesen visto despues de tres siglos de Inquisicion mejoradas las costumbres, purificada la creencia, ilustrado el reyno, valdria el argumento que refuto. Pero si ha sucedido todo lo contrario, ¿qué podrá alegarse en apoyo de su restablecimiento? Nuestro honor y nuestro decoro se ven insultados todos los dias en los países extrangeros, no solo en los de creencia diferente de la nuestra, sino en los de nuestra propia comunión, á causa de un establecimiento, que no deshonra menos á la religion que á la política que le tolera. Yo me he abochornado, me he llenado de rubor y confusion muchas veces al oir reconvenciones de extrangeros católicos, que echándonos en cara esta institucion, se lamentaban de que ella era un obstáculo á su establecimiento en España, adonde sin ella vendrian con sus capitales y con su industria á gozar de las dulzuras de un clima feliz y privilegiado, y de la proteccion de las leyes civiles que dispensaban á los extrangeros: derechos que en otros países se negaban....(Fué interrumpido por el Sr. Villagomez.)

„El señor preopinante probablemente no ha entendido mis ideas. Señor, muchas son las razones de política que reclaman la atencion de las Cortes en este punto; y seguramente como diputado me toca y estoy obligado á mirarle por todos sus aspectos, y hablar en la materia con quanta franqueza y libertad juzgue conveniente. Y así no omitiré tampoco que este tribunal está tan desacreditado entre las personas ilustradas de la nacion, y tan odiado de los que han examinado su proceder en el último reynado, que sería una de las mayores calamidades su restablecimiento. Su objeto y su ocupacion serian las venganzas y los manejos, á que dan tanto motivo las nuevas instituciones fundadas en un sistema electivo: pero ¡qué digo! Estas instituciones acabarian en el momento mismo de su nuevo exercicio, y la pesquisa, que es su carácter dominante, causaria una nueva insurreccion. Ya prexieron los inquisidores que era llegada su época quando la farsa de Bayona; y por eso se dice de público que es el único cuerpo que envió un comisionado á prevenir su ruina, presentando el mismo un plan de reforma al regenerador. ¿Cómo no la ofrecieron á V. M. quando pidieron pura y simplemente su restablecimiento? Si este suceso no fuere cierto, no se me negará otro que yo aseguro, por haber visto y tenido en mis manos un exemplar, de un documento que demuestra hasta la evidencia como la Inquisicion ha sido siempre, y será mientras subsista, el brazo derecho de qualquier tirano que quiera opri-

mir y esclavizar á la nacion. Este documento es una circular del consejo supremo de la Inquisición á todos los tribunales de provincia, fecha en Madrid á 6 de mayo de 1808, en que despues de injuriar á aquel heroico pueblo por su gloriosa insurreccion en el memorable dos de mayo, llamandole sedicioso y rebelde, y elogiar á lo sumo la disciplina y generosa comportacion de las tropas francesas en aquella tan digna como desgraciada capital, encarga muy particularmente que los tribunales y dependientes del Santo Oficio cuiden y vigilen, y tomen todas las medidas para evitar que los pueblos no se rebelen; ¡Señor!! contra el vil invasor... No sé como reprimirme...! ¡La Inquisición convertida en tribunal de Policía de todo el reyno? ¿Era este su instituto? ¿Perseguia la herética pravedad, quando calificando de sediciosa y subversiva la defensa propia del pueblo de Madrid, condenaba su resistencia á someterse á un usurpador? La fuerza se dirá le obligó á circular estas órdenes. Pues qué, ¿no peligraba la fe con la sumision de los españoles á un invasor, que se rie de los principios mismos de la moral pública? ¿Y no era aquel el caso de perecer por sostenerla? ¿Y qué ocasion mas oportuna para el martirio de parte de los que presumen llamarse depósito y guarda de la religion! Señor, el mundo entero nos juzgará á los unos y á los otros. Los señores americanos, que tienen la fortuna de conservar en vigor una ley que protege á los indios contra este tribunal, pues prohibe para ellos la Inquisición, dirán tambien si en la América el Santo Oficio no ha sido siempre, y lo es hoy, un tribunal de Estado para servir á los fines de los gobiernos siempre que lo han creído útil. Y si semejante uso se ha hecho en todos tiempos de este establecimiento, ¿qué habria que esperar en adelante? ¿Cómo podria ser compatible con la constitucion, ni con ninguna forma de gobierno en que hayan de respetarse los principios de justicia universal? V. M. estará fatigado de prestar atención á tan largo razonamiento. Yo lo estoy tambien; y como el orden de la discusion ha de traer precisamente al debate otras cosas dichas por los señores preopinantes, no quiero insistir mas en lo que mucho mejor que yo podran exponer mis dignos compañeros de comision, y otros señores que gusten apoyarla."

El Sr. Risco (D. Francisco): „Señor, llegó el tiempo de hablar la verdad en uno de los asuntos mas interesantes de nuestra santa religion. La comision de Constitución presentó á V. M. el informe que tuvo por conveniente acerca del tribunal de la Inquisición, deduciendo de él dos proposiciones preliminares, que ofrece á discusion. La primera es: „la religion católica, apostólica, romana será protegida por leyes conforme á la constitucion," acerca de lo qual manifestaré á V. M. la superfluidad de esta última adicion al artículo 12 constitucional; porque las leyes sabias indicadas en él tienen ya prevenida toda la proteccion necesaria, manteniendo en practica el tribunal de la Fe, en cuyo establecimiento se comprende todo lo necesario á este objeto; y mediante se presenta á discusion, en cuyo caso se apetece el descubrimiento de la verdad, deseo yo de hacerlo por mi parte en quanto alcancen mis débiles fuerzas; presento previamente dos bulas de Inocencio VIII, confirmatorias de la primera que se dirigió á Fr. Tomás de Torquemada, que fué principio fundamental de la Inquisición de España. (Se leyeron efectivamente dichas bulas, la una fecha en Roma el año 1484, en que el Papa Inocencio VIII concede facultad á Fr. Tomás de Torquemada para nombrar inquisidores iguales á él en jurisdiccion,

autoridad y facultades : la otra del año 1486 , declarando que las apelaciones se hiciesen al mismo Fr. Tomas de Torquemada.) Continuó el orador leyendo el escrito siguiente :

„ Señor , la ley constitutiva política del estado , como sequela inmediata de la natural y divina , estriba sobre las firmes basas de la religion y justicia , siendo por lo contrario efímera é insubsistente la que se aparta de estos incontrastables principios. La gentilidad mas obcecada los conoció muy de cerca en su obscurecida inmoralidad , de que abundan los monumentos históricos de Grecia y Roma. Los legisladores cristianos , adornados de mayor ilustracion , observaron escrupulosamente estos dogmas en la formacion de sus códigos ; y V. M. , que renovando gloriosamente en nuestros dias la época del gran Recaredo , ha dado un público testimonio de su religiosidad en la profesion del catolicismo mas acendrado , no puede desentenderse de lo mismo , protegiendo un tribunal de vigilancia , destinado por la silla apostólica á mantener en la vasta comprehension de la monarquía , pura y sin mancha la verdadera creencia , respetando las leyes que ha promulgado la iglesia á este intento por el sagrado oráculo del vicario de Jesucristo y los santos concilios , y auxiliándolas con todo el vigor de su zelo , en cumplimiento de los juramentos solemnes con que V. M. lo ha prometido.

„ El tribunal de la Fe , llamado de Inquisicion , establecido por el gefe de la religion católica , apostólica , romana , y las sacrosantas asambleas de la iglesia , para los fines de su vigilancia suprema , ha merecido en todos tiempos la veneracion de las naciones católicas , sin mas contradiccion que la infernal de Lutero y Calvino con sus miserables sequaces , por ser el antemural irresistible de su errores , y la que dictó posteriormente la impiedad en la Francia siguiendo sus vestigios ; pero en nuestra España jamas se oyeron por la misericordia divina tan irreligiosas voces , injuriosas en sumo grado á la silla apostólica y á toda la iglesia universal , hasta que en estos desgraciados dias la triste vicisitud del sistema político abrió la puerta al desenfrenado ímpetu de las pasiones , y á las mañosidades impías de los satélites del corifeo de la irreligion y tiranía Napoleon Bonaparte , el qual reduciendo á un infame cautiverio al vicario de Jesucristo y al católico monarca Fernando VII , hubiera esclavizado vilmente á la generosa nacion española , si su acendrado patriotismo no la hubiese inspirado la heroica resolucion de hacer frente con vigoroso empeño á las dolosas asechanzas de tan horrenda perfidia ; añadiendo á sus glorias este distinguido timbre , y el de elevar su energia á la mas alta idea de reunir su representacion nacional en un Congreso , como lo ha verificado á pesar de las angustiadas circunstancias que nos rodean , y casi debaxo del cañon de las baterías francesas , á fin de acordar los arbitrios convenientes para sostener la religion y la patria contra la protervia de una perniciosa política sugerida por el mas refinado maquiavelismo.

„ Entre otras medidas tuvo á bien V. M. dictar las que juzgó oportunas en orden á la recta administracion de justicia , examinando y arreglando los tribunales que se consideraren necesarios ; y como el supremo de la Fe se hallaba enlazado forzosamente con la autoridad civil , para la mas expedita execucion de sus atribuciones , tuvo V. M. la delicadeza de encargar á una comision especial el exámen de cierta consulta que hizo la

Regencia anterior sobre la reduccion de las plazas de su dotacion, con otros incidentes ; la qual, dirigida por la pauta de la conocida inteligencia de sus individuos , acordó, discrepando solo uno , que mediante habia sido interrumpido y despojado este tribunal del exercicio de sus funciones , se restituyese luego al punto al uso de ellas , reservándose al inmediato concilio nacional ya decretado la disposicion de sus mejoras para el pronto y acertado despacho de su ministerio, como autoridad privativa y competente para ello ; pero V. M. queriendo apurar hasta el último extremo el conocimiento de la naturaleza de tan glorioso establecimiento , mandó que reviese tambien este expediente la comision de Constitucion, la qual ha dado su dictamen en los términos que ha visto V. M.

„Verdaderamente es muy sensible que habiendo dado esta misma tantas pruebas de tino y cordura, así en la formacion de la constitucion política, como en otros muchos negocios que se han remitido á su exámen, no haya tenido á la mano para dictar el de que se trata todos los documentos oportunos , tal vez porque el ministerio , á cuyo cargo estaba el proporcionarlos , no lo haya verificado , sea por falta de conocimientos , ó de sugetos prácticos para ello ; pues no podia ignorar en los parages en donde custodiaron y recogieron los franceses los archivos de la corte , y á mayor abundamiento donde podian encontrarse fuera de ella , informándose tambien de personas prácticas en este ramo. Entonces se hubiera sabido que la bula primitiva para la ereccion del Santo Oficio se custodiaba en el archivo del convento de Santo Tomas de Avila , y que en lo mas reservado del archivo de Simancas habia dos caxones rotulados ; uno : „Aquí estan las bulas de la Inquisicion de España ;” y el otro : „Aquí estan las bulas sobre la conquista de las Américas ;” de que pueden testificar personas de alta clase residentes en esta plaza. Ademas habia entendido tambien que el bulario principal en donde está el registro de un número crecido de bulas, en razon de los muchos casos que han ocurrido para su impetracion , le mandó extraer el intruso José , y depositarle en otro parage bien inmediato á su habitacion , con otras noticias interesantes ; encontrándose entonces las dos bulas de Inocencio VIII , que acaban de leerse , en que se confirma y comprehende otra de su predecesor Sixto IV , dirigidas al prior de Santa Cruz de Segovia Fr. Tomas de Torquemada, con otros de varios instrumentos interesantes al asunto , y el conocimiento de los autores regnícolas y extrangeros , que con mas propiedad, verdad y pureza han tratado lo relativo al establecimiento del Santo Oficio en España , pues sin duda de ningun otro tribunal nacional se ha escrito otro tanto ; pero como por desgracia no ha sido así , luego encarecidamente á los señores de la comision, tengan la bondad de no llevar á mal que yo me exprese en orden á su dictámen con aquella vehemencia que exigen la religion y la justicia , baxo la solemne protesta de que nada de quanto yo diga se entiende con sus personas , que aprecio con el mayor afecto , sino en globo contra el dictámen, para que se venga en claro conocimiento de los defectos que sin culpa suya , y en mi opinion particular , comprehende demasiado notables ; pues en realidad se hallan aglomerados en él desgraciadamente los dictiones, las invectivas , y todo quanto podia sugerir el odio contra el establecimiento del Santo Oficio, dictado por sus mayores desafectos , que por Lutero y Zuinglio lo extraxeron de lo vociferado en Alemania, Calvino y

T

sus secuaces en Francia , especialmente Jurieu en su tratado del Papismo , y en el del Bautismo , hombre tan petulante , que sus mismos consecrarios le han detestado , y lo propalado por hugonotes , con lo que repitieron despues varios escritores franceses imbuidos en sus mismos principios , y recopiló el ciudadano Gregoire , resucitando los errores de Wicleff ; quanto se decia en las gazetas francesas de Madrid sobre este punto , expresó en sus arengas el francmason Andujar en la logia de Santa Julia , no teniendo á la vista sin duda lo dispuesto por el Papa Sixto v. en su bula , que empieza *Immensa* , recopilada por Laercio Querubin en su Bulario magno , tomo II , fol. 667 , §. 5 y último , en que decreta : que nada se pueda variar en el oficio de la santa Inquisicion de España sin su consentimiento , ó el de sus sucesores : la de Julio III *Licet à diversis* , comprehendida en la misma coleccion , tom. I , fol. 799 , en que excomulga á los que impidan el exercicio de este ministerio , ofendan las personas ocupadas en él , ó se ingieran en las leyes establecidas para el conocimiento del delito de heregía : la de Pio V , en la que empieza *Si de protegendis* , de la misma coleccion , fol. 299 , ampliando lo mismo baxo excomunion reservada al Sumo Pontífice , encomendando su execucion y cumplimiento baxo de responsabilidad á los obispos , la qual se halla muy recomendada por San Carlos Borromeo en el concilio III de Milan : la de Leon X de 31 de mayo de 1513 , prohibiendo , baxo pena de excomunion , que ningun tribunal de la iglesia conozca de los asuntos pertenecientes á la Inquisicion de España , ni aun por via de apelacion , confirmando en otras de 15 de junio del mismo año , 13 de noviembre y 4 de marzo de 1519 , repetidas por las de Adriano VI en 10 de setiembre de 1523 , y Clemente VIII en 6 de enero de 1524 , con Paulo III en 21 de diciembre de 1534 , y 7 de setiembre de 1539 , impetradas todas á instancia de la corte de España ; consentidas y cumplimentadas por la misma ; recopiladas en los Bularios de Caldas y Portocarrero , existentes en el archivo del consejo de Inquisicion ; vistas , alegadas y citadas por autores españoles de la mejor nota , especialmente Salgado en su tratado de *Supplicatione ad Sanctissim.* , part. 2 , cap. 33. Entonces se hubiera considerado el asunto de otra manera que en el concepto que se presenta , en el qual parece que llegaron ya á su cumplimiento total los anhelos de Bonaparte , quando por su decreto de 4 diciembre de 1808 , dado en el quartel general de Madrid , extinguió la Inquisicion ; poniéndose de manifesto en calidad de mejora un proyecto de decreto , comprehensivo de dos partes ó capítulos : en el primero se establece un nuevo método de proceder en los negocios de fe ; y en el segundo , en el de la prohibicion de escritos contrarios á la religion , para que V. M. los eleve á su aprobacion ; sin advertir que en ello se ofende la jurisdiccion de la iglesia en lo mas delicado , incidiendo en los errores cometidos por la asamblea de Francia en la formacion de la constitucion del clero galicano , y la doctrina errada y herética de Marcelo de Padua , condenada como tal en el concilio de Sens año 1527 (*Colecc. de Labé* , pág. 1154 , tom. 19 , *edict. Venet.*) , y posteriormente por Juan XXII en su constitucion. *Licet juxta doctrinam* , recordada por Benedicto XIV en su bula *Ad assiduas* , citada por Pio VI en su famosa constitucion *Auctorem fidei* , de que se dolió altamente en su breve dirigido á todos los obispos de Francia en 10 de marzo del año de 1791 , rozándose tambien con los errores del concilio de Pistoia , que condenó

por ella; olvidándose de que en el decreto del santo concilio de Trento, sesion 25, capítulo 18, se manda observar los cánones exáctamente por todos. Y el de la sesion 14, capítulo 7, en que se declara que el Sumo Pontífice puede reservar del conocimiento particular de los crímenes mas graves, en uso de la suprema potestad que le está concedida, en la iglesia universal, conforme á la autoridad divina, no solo en la externa policía, sino en la presencia de Dios. En cuya inteligencia, para exponer yo mi dictamen con la claridad que exige tan grave asunto, dividiré mi discurso en dos partes: en la primera presentaré á V. M. el tribunal del Santo Oficio baxo el aspecto legal, legítimo y verdadero que tiene por su naturaleza en lo religioso y político con todas las atribuciones, servicios y pública validez; y en la segunda haré un análisis menuda de las equivocaciones enormes que ha padecido la comision en su informe; y concluiré haciendo á V. M. tres proposiciones, de las quales dos serán preliminares, previas y precisas para el conocimiento del negocio, explicándome con la entera franqueza que exigen los dos crecidos intereses de la religion y el estado, y con la mas clara verdad, que es el principio de las palabras del Señor (*Psalm. 118*) en obsequio de la justicia, del honor de la causa de Dios, del de su Madre inmaculada, encargado al cuidado del Santo Oficio, y el buen nombre de la nacion española, baxo la confianza de que será bien escuchado de V. M., explicándome con la modesta firmeza con que el profeta Natan intimó al rey David la ira del Señor, y la prudente moderacion que previene la ley de Partida, quando advierte que delante de la soberanía no se usen palabras mintrosas ni anetias, sino verdaderas, é apuestas.

„Yo estaba persuadido, Señor, desde el principio de nuestra revolucion que con los desgraciados sucesos de la corte habian quedado todas las autoridades supremas que habia en ella en una especie de aquiescente somnolencia, ó aparente suspension, hasta que, restablecido el órden, se le diese el tono activo que exígia la administracion pública, llenándose entre tanto sus respectivos deberes por los tribunales provinciales de todas clases; porque la nacion no podia ocuparse entonces mas que en la comun y universal contra el tirano de la Europa por su independencía y libertad. Por tanto, pareció inoportuno el restablecimiento de toda clase de autoridades en esta plaza, gravosos al erario público, á vista de tanta escasez; y sumamente extraño que quedase en este caso en total olvido el importante de la fe y religion, sin embargo de no serlo al erario por depender de otros fondos, entorpeciéndose el decreto de la Regencia soberana dado en 1.º de agosto de 1810 para su restablecimiento con frívolos pretextos, que descubrian demasiado claro el desafecto de la mano que le dictaba, contravieniendo á las leyes de la iglesia y al decreto de V. M. de 24 de setiembre del año precedente, confirmando todas las autoridades, sin excepcion de alguna, y renovando en él la gloriosa época del santo rey Recaredo, que en el concilio III de Toledo del año de 589, primero de su reynado, hizo, con toda la nacion española, abjuracion del arrianismo, y profesion de la fe católica; y la célebre de los Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel, que impetraron y establecieron el Santo Oficio en España para mantener ileña y pura la santa religion de nuestros padres; siendo mas atendible esta consideracion quando, que tratándose justamente en el dia de castigar con severidad el delito de infidencia contra la patria y su monarca, pare-

cia muy propio que á lo menos con igual zelo se practicase lo mismo respecto de aquella con que tan descaradamente se ofende al Señor; y que así como se dixo, quando se trató de la libertad de imprenta, que debia sancionarse porque Napoleon la prohibia, de la misma forma, detestando abiertamente el tribunal de la Fe, era un poderoso incentivo para sostenerle y ampararle, y ademas exigiéndolo imperiosamente la necesidad pública en lo religioso y político; pues aun quando la delicadeza del Gobierno hubiese escrupulizado, aunque sin fundamento, acerca de la habilitacion el complemento de su jurisdiccion, tenia á la mano el remedio que se habia substituido á la comisaria general de Cruzada, viviendo aun el propietario, y sin noticia de su renuncia, subrogando en la persona nombrada para ella la jurisdiccion episcopal de todos los obispos de España que pudieron ser requeridos: medida igual á la que se tomó en Francia por el Parlamento de París, multiplicándose las quejas acerca de la impunidad de los hereges, por los tiempos de la liga católica, pidiendo letras á los obispos para que cometiendo sus veces á senadores clérigos, se compusiese, como se verificó, el consejo de inquisidores, confirmado por el papa Clemente VII en el año de 1525; el qual duró hasta que se introduxeron las guerras civiles, como refiere Vanespen en el volumen II de su epitome. (*Impreso del año de 1782 en Augusta vindelicorum cap. II, tit. 4 de delictis ecclesiasticis, fol. 477, §. 26.*) Y por último estaba bien inmediato el nuncio apostólico, el qual, con acuerdo de los demas prelados, hubiera determinado lo conveniente. Pero por desgracia, ni en aquel tiempo, ni en el posterior á la formacion de la constitucion, ha merecido el importante ramo de la religion que se formase á lo menos un tribunal especial que entendiese en los negocios de su competencia, así como se han formado otros para los demas ramos de la administracion pública; á pesar de las rendidas postulaciones de mas de veinte y tres prelados de la iglesia de España, y las súplicas multiplicadas y repetidas de los pueblos libres, ya que no se estableció uno por la constitucion que atendiese privativamente á este objeto, de que nos da buen exemplo la Rusia con su célebre tribunal de religion llamado Sínodo, uno ó el primero de los de la corte.

Relacion del hecho.

„Para demostracion de este convencimiento exáminemos radicalmente los hechos, sobre los cuales recaerá el dictamen fundado de este discurso. El impío Napoleon, conducido del perverso consejo de su ministro el apóstata Tayllerand de Perigord, que le decia, que para conquistar á España era preciso descatolizarla, luego que puso el pie á las puertas de Madrid, al momento mandó inimar al supremo tribunal de la Fe, que residia en la corte, como los demas de su clase, se presentase á prestar el juramento de homenaje y reconocimiento á la nueva dinastía. ¿Y qual fué su contestacion? La que corresponde á unos españoles de virtud y probidad, á unos eclesiásticos beneméritos, y á unos ciudadanos revestidos del amor á sus mas sagradas obligaciones. Dixerón, pues, que no podian reconocer otro monarca que al que toda la nacion, reunida legítimamente, designase en debida forma; añadiendo que en el caso en que se hallaban, no concurrían las circunstancias que cohonestaban el juramento. Esta fué la respuesta de los jueces de la Fe, tan justa y tan patriótica, como opuesta á los designios de

Bonaparte, y al ímpetu de su fogosidad, según lo manifestó inmediatamente, pues luego al punto mandó poner en prision, y conducir sus personas á uno de los castillos de Bayona, ocupando sus papeles y archivos, con tanta violencia, que temiéndose algun extravío con la retardacion, por medio de una mera esquela, comunicó la orden mas terminante, para que dentro de una hora estuviese todo executado, como se verificó con notorio escándalo y sentimiento de los buenos y verdaderos españoles. A poco despues de haber llegado aquellos ministros al parage destinado para su arresto, pudieron fugarse, ocultándose en el seno de sus familias y hogares patrios, para evitar la triste suerte con que les conminaba la saña de un enemigo cruel y poderoso, hasta que habiendo oido la voz de la patria, que los llamó á continuar su ministerio, obedeciendo resignadamente, se presentaron á recibir sus decretos con el mayor respeto. En 1.^o de agosto del año pasado de 1810 se expidió una orden por la Regencia soberana, para que inmediatamente fuesen convocados á esta corte á fin de continuar en el ejercicio de sus funciones, interrumpidas solamente por la irrupcion y violencia de los exércitos enemigos, autorizando para desempeñar este encargo, y la reunion de los que fuesen buenos patricios, y exentos de la menor sospecha, á uno de los que residian en esta plaza, con advertencia especial de que practicase quantas diligencias fuesen conducentes al intento. En su consecuencia, convocados los que se sabia en donde paraban, y podian presentarse mas pronto, manifestaron inmediatamente su obediencia, con abandono del corto descanso, que les habia proporcionado la triste situacion de sus respectivas familias en medio de su ancianidad y crecidos quebrantos. Lo indican al Gobierno, y este en lugar de alentar su patriotismo, y agradarse de su vigilancia, les mandó suspender sus funciones con el miserable pretexto de que no se hallaban purificados, á pesar de que venian de pais libre, y se habia dado este encargo al ministro comisionado, que tuvo muy particular cuidado de no llamar sino á los que se hallaban distantes del enemigo, para evitar la menor nota. A nada se han resistido practicando escrupulosamente las diligencias prevenidas en este caso, y que respecto de sus personas eran superfluas, satisfaciendo por ello escandalosos y crecidos derechos, quando otros empleados, aunque de diversa clase, eran llamados y extraidos del pais enemigo para reintegrarlos en sus destinos ú otros de mayor clase, despues de haber servido al Gobierno intruso, ó vivido en buena armonia con él, sin exígirseles tantas formalidades ni requisitos, resultando de ello uno de los mas graves cargos que pueden ocurrir en las circunstancias actuales, remitiéndose á V. M. copia de dicha orden, con otros antecedentes, de que formado el correspondiente expediente, se dignó confiarle al dictamen de una comision especial; la qual penetrada de la injusticia con que habia sido despojado del ejercicio de sus facultades el supremo tribunal de la Fe, por la violencia del mas vil opresor, y la urgente necesidad de sus servicios, opinaron en la mayoría sus individuos, como buenos españoles y zelosos de la honra de Dios, que inmediatamente fuese reintegrado, reservándose á V. M. el proponer las mejoras que juzgue oportunas al inmediato concilio nacional, que está decretado, como autoridad privativa y competente para ello. Pero V. M. para el mayor acierto ha querido oír privativamente á la comision de Constitucion, que ha expuesto lo que acaba de manifestarse; y por tanto, para hacerlo yo tambien

de quanto concierne al intento con la solidez é instruccion que exige tan interesante negocio, debo explicarme con la extension radical, propia de las meditadas decisiones de la iglesia, á cuya autoridad compete privativamente, á fin de que V. M. se penetre de lo inconcuso de mis asertos, los quales no tienen otro objeto que el bien de la religion y el estado. Para lo qual seria muy complaciente que esta sesion se celebrase en uno de los parages públicos de esta plaza, en donde los fieles católicos oyesen la verdad sin la preocupacion que la odiosidad ha influido en los incautos muy desde los principios, ya por la proterbia de los hereges en otro tiempo, graduando al tribunal de la Fe de invento ridiculo de la supersticion, y ya en el presente por los que adoptando desgraciadamente principios muy equivocados, ó tal vez sorprendidos por los resortes que la astucia de Bonaparte introduce en todas partes, sienten que se ponga freno á sus ilimitadas ideas, que no tienen otro apoyo que la libertad de las pasiones; pues me hallo dispuesto á explicarme con la claridad que alcancen mis luces y el deseo de evitar en los últimos momentos de mi vida el triste eco de aquella formidable interjeccion; *Vae mihi quia tacui!* Ay de mi que calle! exponiendo con la mas sencilla y buena fe quanto enseñan la jurisprudencia civil y canónica, y la práctica de mas de diez y ocho años, que he tenido el honor de servir en los tribunales de Castilla, hasta que la patria me llamó desde el principio de nuestra revolucion á entender en sus armamentos y defensa, con el objeto de que V. M. forme el juicio que merece este negocio, el qual parece una verdadera controversia entre Jesucristo crucificado (cuya sacrosanta imagen preside gloriosamente en la mesa de V. M., con el empeño amoroso de que se conserve pura, y sin mancha ni arruga, su religion sagrada, que vino á enseñar al mundo y sellar con su preciosa sangre) y el infame Napoleon que, impulsado de la furia mas infernal, intenta abolirla de sobre la tierra por medio de sus maquinaciones diabólicas, y el auxilio de sus miserables satélites; siendo de mí inspeccion la defensa del primer contendiente por todas mis circunstancias en calidad de ministro suyo, aunque me cueste hacer sacrificio de mi vida, como en ocasion mas feliz obtuvo tan gloriosa suerte San Pedro de Arbus dentro del venerable templo de Zaragoza.

„Repito, pues, Señor, que se presenta á V. M. y su sancion soberana una de las mas extrañas que pueden ofrecerse; mejor diré la única que ha ocurrido desde el principio de nuestra revolucion; á saber: si se ha de aprobar ó desechar con desprecio verdaderamente español el primer decreto que intimó y publicó en Madrid, seno central del reyno, el abominable Bonaparte en 4 de diciembre del año pasado de 1808. ¿Y qual fué este? La extincion del supremo senado de la Fe á las quatro horas de su llegada; intimacion tan honrosa á sus individuos, por no haberse sujetado á juramentos sacrílegos y reconocimiento de una dinastía intrusa y odiada de la nacion, como característica de la tiránica usurpacion de aquel monstruo. En este caso, ¿qual deberá ser la decision de V. M.? Seria sumamente injurioso á sus altos respetos y religiosidad el dudarle; pues en un caso fatal y de mera hipótesi, ¿quantas notas de ilegalidad y reprobacion ofrecia la afirmativa? El hecho abominable, por ser de Bonaparte, seria excesivo de parte de V. M. y fuera de su esfera, quebrantando los límites de la jurisdiccion de la iglesia en una de sus mas sagradas atribuciones; por eso se abstuvo V. M. religiosamente de aprobar la continuacion de las

autoridades eclesiásticas en la sesion que lo hizo de las civiles y militares: no admitiéndose la adición de un señor diputado, que propuso se extendiese tambien á ellas, por no tener su origen de la potestad civil (*tom. 1 del Diario de Cortes, fol. 7, §. 5*). Pero acerquémonos ya al conocimiento radical de la presente materia para resolver con mas acierto.

Castigos del Señor por la mala doctrina en ambos Testamentos.

„Bien sabidos son de V. M. los severos castigos que refieren los sagrados códigos hechos por el Señor contra los que se desviaron de su divina creencia en una série bien dilatada de sucesos; bastando indicar, por lo respectivo á la ley antigua, el ardiente zelo de Moyses en la exterminacion de mas de veinte mil profanadores que adoraron los becerros de oro, quando descendiendo del monte Sinai les iba á intimar la ley dictada por el mismo Dios; el qual le mandó en otra ocasion por igual delinquencia (*núm. 25, v. 4*) poner horcas y colgar en ellas, cara al sol, á los príncipes de Israel para separar la ira de su pueblo, y los hechos de santa venganza que executaron posteriormente los Macabeos.

„En el nuevo Testamento vemos á nuestro adorable Salvador expellendo del templo, y flagelando con la mayor severidad á los que le profanaban con sus abominaciones: la pena de muerte impuesta por San Pedro á los miserables Anania y Safira por resistir el Espíritu Santo: la privacion de la vista á Elimas Mago por San Pablo, porque retraia de la fe al procónsul de la isla Pafos, y al incestuoso de Corinto, separándole de la iglesia, porque abusaba de su madrastra, y sentia mal del matrimonio: San Juan apóstol y evangelista, volviendo de su destierro, detestó á Ebion, Cerinto y Marcion, destruyendo la casa del segundo y toda su familia; y últimamente se advierte el precepto irrevocable del Señor, publicado por el mismo San Juan (*cap. 6, v. 15*): „el que se separe de mí ley será echado fuera, como la palma se secará, y le pondrán en el fuego;” con otros varios lugares al intento.

Providencias de la santa iglesia contra la heregía.

„Bien manifestado queda el zelo del Señor por la pureza de su santa ley en ambos Testamentos, de que puede formarse una catálogo muy dilatado. Vengamos ahora á exáminar la conducta que ha observado la santa iglesia en esta parte desde su glorioso establecimiento contra los profanadores de la sana doctrina en uso de la plena autoridad que depositó en ella nuestro divino Maestro para su eterno gobierno y felicidad. Consta, pues, que en los primitivos tiempos se hacia todos los años una escrupulosa indagacion y pesquisa de los errores que se introducian, condenándolos y extinguiéndolos con el mayor cuidado; hasta que en los concilios generales VI de Constantinopla, VII de Nicea, y el Lateranense, presidido por el Papa Inocencio III, se decretó que no se repitiese mas que dos veces al año, continuando de esta manera en los doce primeros siglos sin variacion alguna, en cuya larga serie de tiempos es muy oportuno llamar la atencion de V. M. acerca del modo y porte, observado por los padres de la iglesia y los príncipes temporales en el castigo de los hereges. No hablemos de los judíos y gentiles, porque como estan fuera de su gremio, sin haber entrado en ella por la puerta del bautismo, solo ha usado con ellos de la amorosa persuasion para inducirlos al conocimiento del camino de la verdadera creencia, y ha

ceñido su autoridad respecto de los hereges como sometidos á la santa ley, de la qual una vez admitida no pudieron desviarse sin incurrir en el mas grave desacato que puede cometerse en el mundo, como se evidencia de los repetidos exemplares que presenta la historia eclesiástica con sobrada autenticidad, de que solo citaré algunos por evitar prolixidad.

„Pablo de Samosata, obispo de Antioquia, condenado por herege, fué depuesto de su dignidad; y executada la sentencia con auxilio del emperador Aureliano, que aunque gentil expidió las órdenes mas terminantes para que fuese despojado con la infamia que merecia. San Gregorio Niseno en su obra contra Eunomio dió gracias al emperador Constancio (*Tomasi trat. de Edict.*) por haber reprimido á los arrianos. San Ambrosio no omitió un instante hasta que consiguió de los emperadores Valentiniano y Graciano la revocation del decreto dado por su padre Valentiniano, protegiendo los hereges (*End. obs. tom. III pág. 700*). S. Gregorio Nacianceno, encontrando á su ingreso en la silla de Constantinópla ocupadas todas las iglesias por los arrianos, consiguió del emperador Teodosio que fuesen despojados de ellos; dexando avergonzado y convencido al ministro y favorito Gaynas San Juan Crisóstomo, sucesor suyo, en una conferencia tenida á presencia del emperador Aureliano, en que solicitaba reservar una iglesia á favor de los mismos.

„San Leon Magno dixo (*época primera*): que quando los remedios espirituales no alcanzan para corregir los hereges, debe usarse del rigor con el auxilio de los príncipes, como se practicó con los priscilianistas que infestaron la España, impetrando el favor del emperador Máximo, que condenó al último suplicio á Prisciliano y sus secuaces. Lo mismo enseñaron San Gregorio Magno y los padres de la iglesia de Africa, entre ellos Optato Milevitano (*Tomasi de Edict.*), y S. Gerónimo contra los origenistas, en conformidad de lo que dixo Tertuliano contra los nósticos (*cap. 1*); á saber: que la heregia debe vencerse con la fuerza y no con la persuasion. Conformándose con la misma doctrina el gran padre San Agustín, el qual aprobó como justas todas las leyes de severidad que habian promulgado los príncipes contra los hereges en la carta que escribió al conde Bonifacio, estrechando á su execucion al tribuno Marcelinó que tenia este encargo, haciéndole el de que los pusiese en disposicion de que les fuese mas amarga la pena que la muerte para que reconociesen antes de verificarse, manifestando á veinte donatistas que esta providencia habia producido los mas saludables efectos, y confesando ingenuamente que aunque al principio habia sido de diverso dictámen, se convenció despues por la experiencia y el consejo de los padres africanos. San Hilario siguió los mismos pasos, persuadido de que no bastaba la suavidad con la proterbia antidogmática, suplicando al emperador Constancio no les hiciese la menor gracia. De todo lo qual se vino á establecer en la iglesia la práctica inconcusa de que despues de condenado el reo heretical, se le relaxe ó entregue al brazo secular para la aplicacion de las penas temporales, como se decretó en el concilio general de Letran, y practicó despues en el de Constanza con Juan Hus y Gerónimo de Praga; bien entendido, que sentir lo contrario es aprobar la proposicion xxviii de Lutero, condenada por Leon x en su constitucion *Exurge domine*, expedida en el mes de julio del año de 1520.

„Pasemos brevemente la vista por los decretos de los príncipes seculares,

y los veremos uniformes á estos principios. El emperador Constantino, honrándose con la expresion de que él era obispo exterior de la iglesia, desterró á los donatistas: el gran Teodosio condenó á muerte y confiscacion de bienes á los refractarios: Anastasio confiscó los solares que compraban los hereges para sus templos, y condenó á muerte á los maniqueos. Igual pena decretó Justiniano, privándoles de obcion á toda clase de empleos y dignidades, y le confirmó despues el emperador Valentiniano. En Inglaterra fueron perseguidos los pelagianos: igualmente lo practicaron en Alemania y Francia el gran Clodoveo, la reyna Brunehilde, Childebarto y Carlo Magno, y en los tiempos posteriores fué condenado al fuego en Paris el Dr. Amauri, con todos sus secuaces, por fomentador de heregías. Luis VIII y San Luis dieron iguales testimonios de severidad. En Italia ha sucedido lo mismo. En nuestra España son muchas las leyes recopiladas en nuestros códigos, dirigidas á este objeto. (*Leyes 21, 2, 4, tit. 26, p. 7, l. 1, tit. 3, l. 8, Recop.*) Entre otras las acordadas en los concilios toledanos, que eran asambleas mixtas, y lo practicado por nuestro católico Gobierno en todos tiempos; siendo muy notables los decretos expedidos por el rey D. Alonso de Aragon contra los waldenses, patarinos, gázaros y cátaros, con otros de esta clase; y aunque siempre han reclamado los hereges, quejándose de este rigor, especialmente los calvinistas de Francia, reproduciendo lo que en su tiempo dixeron sobre lo mismo los arrianos, y demas que recopila el calvinista Jurieu, y califica de injustos procederes, se les sale al encuentro con la piadosa y docta respuesta del venerable clero de Francia; el qual, apoyándose en las doctrinas de San Agustin y otros Padres, dice que la conversion de San Pablo fué verdadera, porque sufrió primero la terrible caída de su caballo, y la privacion de la vista, con todo lo qual hasta aquí dicho, queda desvanecido quanto refiere Esteban Nicolas de Odoars en su Diccionario razonado verbo *Inquisicion*, y el historiador Fleury en los tomos XIV y XVI de su Historia Eclesiástica de la impresion del año de 1781, en lo que procedió mal informado, como tambien en su discurso 13, núm. 13: muy fácil de rebatir con lo que han escrito los autores que tratan de propósito esta materia; especialmente los cardenales Vicente Petra en el tomo III de su exposicion á las bulas pontificias, y Francisco Alvicio en un tratado particular, con otros muchos que andan en las manos de todos.

Origen de la Inquisicion en general.

„Ya hemos visto, Señor, hasta aquí lo practicado por la santa iglesia en los doce primeros siglos, relativo á la punicion de los hereges; acerquémonos ahora al 13 y siguientes para admirar la vigilancia de la Silla apostólica en mantener limpia de cizaña la mies escogida del Señor. En este siglo XIII, advirtiendo el Sumo Pontífice Inocencio III los daños tan crecidos que ocasionaba la heregía de los albigenses, retoño de los maniqueos en la provincia de Languedoc en Francia y sus inmediatas, comisionó para remediarlos á tres monges cistercienses de la abadía de Fonfria en la diócesis de Narbona, á saber: el abad Reynaldo, Pedro de Castronuevo, y Rodolfo, con amplias facultades para perseguirlos, cuyo encargo evauearon con tan zeloso esmero, que mereció el segundo la palma del martirio, como se lee en los Bolandos. Por entonces pasó á Francia D. Diego de Aceves ó Acevedo, obispo de Osma, acompañado de Santo Domingo de Guzman, canón-

nigo á la sazón de la misma iglesia, con la comision diplomática de pedir una hija del conde de la Marca para contraer matrimonio con el príncipe D. Fernando, hijo del rey Don Alonso xi de Castilla, lo que no tuvo efecto por el intempestivo fallecimiento de la princesa; y echando de ver los rápidos progresos que hacia la referida heregía en aquellas provincias, pidió el obispo licencia al Sumo Pontífice para pasar á las orillas del Danubio á combatir tantos errores, lo que le fué denegado con elogios de su zelo, destinándole con Santo Domingo á perseguir los hereges en la provincia de Tolosa de Francia, cuyo encargo desempeñaron en union y con mucho fruto, hasta que dos años despues le fué preciso al obispo Acevedo volver á su obispado para atender á las necesidades de sus ovejas, quedando todo al cuidado de Santo Domingo, el qual con sus compañeros se situó en la iglesia de San Roman de Tolosa, echando en ella los primeros cimientos de su religion sagrada.

„El Papa Gregorio ix, impulsado del mismo estímulo, envió á dichas provincias con igual objeto á Romano, cardenal diácono con el título de Santo Angel, el qual habiendo celebrado un notable concilio en Tolosa, dispuso, con acuerdo de los arzobispos, obispos, prelados, barones y militares, diez y seis decretos ó capítulos de instruccion para perseguir á los hereges, como se lee en el tomo xi de los Concilios generales, comisionando despues á otras varias provincias, especialmente de Aragon y Cataluña, religiosos dominicanos con un colega de los de San Francisco; sobresaliendo entre aquellos San Raymundo de Peñafort y el célebre Eymerich: favoreciendo tan sagrada mision el emperador Federico ii, como aparece de sus constituciones imperiales; recopiladas por Soldasto, y estableciéndose en Roma para tan importantes fines una congregacion de cardenales con el título del Santo Oficio, presidida por el mismo Papa, propagándose la observancia de esta providencia por toda la cristiandad en vista de los maravillosos efectos que produjo, cuya enumeracion era fácil referir, si no temiese molestar demasiado la atencion de V.M.

Origen de la Inquisicion de España.

„Acerquémonos ya á las cosas de nuestra España. No fueron bastantes á impedir el horrible trastorno que padeció esta monarquía por la irrupcion de los moros, ni el buen exemplo y edificacion de los prelados, ni los decretos de los príncipes de aquellos primeros tiempos, porque poco á poco se fué inundando de males incalculables en lo espiritual y temporal con la entrada, mezcla y comercio de gentes de todas clases, profesion y secta. En tiempo de Henrique iii de Castilla sucedió el escandaloso lance de que unos judayzantes, llevados de su perversidad, ultrajaron en Segovia una sagrada forma; y no pudiéndola hacer pedazos, llenos de furor la entregaron á Juan de Tordesillas, obispo de aquella ciudad, el qual providenció lo conveniente para su escarmiento. Posteriormente habiendo infestado toda la Castilla el impío Alonso de Mella, comisionó para su castigo el rey Don Juan el ii á Alfonso Cherinos, ó Chirinos, abad de Alcalá la Real, con un religioso franciscano; y habiendo reproducido sus errores Pedro de Osma, fueron condenados en un concilio, que celebró en Alcalá de Henares D. Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo, por especial comision del Papa Sixto iv. Consiguiente á esta declaracion se enviaron para exterminarlos del to-

do en España, sujetos bien autorizados al intento por los Papas Clemente IV y Clemente VII; y aunque despues acordó lo mismo Bonifacio IX, no pudo tener efecto por entonces, á causa de que habia cisma en la iglesia; y Castilla obedecia á Clemente VI, que residia en Aviñon de Francia, cuyos entorpecimientos habian dado ya anteriormente oportuna ocasion á las reclamaciones del célebre obispo de Avila Alfonso Tostado, por sobrenombre el Abulense, instando fuertemente por la creacion y nominacion de inquisidores, segun se lee en su exposicion al libro II del Paralipomenon que habia dado á luz.

„A pesar de estas disposiciones encontraron los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel á su ingreso en esta monarquía el quadro mas desagradable de su lastimosa situacion: las violencias, los robos y los asesinatos eran frecuentes: la justicia andaba prófuga de los tribunales: los jueces desautorizados y perseguidos: el estado secular, y el eclesiástico de todas clases, envuelto en la mayor relaxacion en medio de las divisiones mas sangrientas, siendo cabeza de faccion las dignidades mas elevadas, y haciendo fortalezas para defenderse y ofender los templos mas venerados. Pero lo que fatigaba hasta lo sumo á esta católica monarquía era la confusa conmixtion de moros, judíos y hereges, los quales apoderados de la administracion pública, y prevalidos de sus crecidas riquezas, tenian abatidos y en la mayor obscuridad á los pobres cristianos, de suerte que un autor de aquel tiempo, dice que era muy difícil almagrar y separar el rebaño de Jesucristo del de Moyses y Mahoma, no excluyéndose de la prepotente odiosidad de aquellos las personas que les eran desafectas, por los medios mas reprobados, de que no se libertó alguna persona real por la oportunidad que les daba el estudio de la medicina á que se dedicaban con esmero. En este tropel de congojas, dice D. Santiago Riol, célebre oficinista, en el informe que dió al Rey Felipe V en el año de 1723 acerca del origen de todos los tribunales del reyno en virtud de comision especial, que parecia no haber remedio para tantas desgracias, por el ningun efecto que producian las providencias mas zelosas y meditadas; pues si el pueblo lo intentaba por sí, era con ruidos y alborotos, como se verificó en Córdoba, Toledo y Valladolid, en donde los cristianos, tomando las armas con el pretexto de vengar la religion ultrajada, satisfacian sus propias pasiones por la envidia que tenian á las riquezas de los sectarios.

„Muchas personas prudentes y sensatas, penetradas de dolor, levantaron las exclamaciones de su zelo, solicitando el remedio, cada día mas urgente, á causa del descubrimiento que hizo por casualidad en Sevilla un caballero de la ilustre familia de los Guzmanes en una noche de jueves santo acerca de las secretas reuniones de varios judayzantes: á vista de lo qual, prévias las consultas de muchos hombres prácticos en negocios, y las enérgicas exposiciones del cardenal D. Pedro de Mendoza, arzobispo de Sevilla, no se encontró remedio mas oportuno y eficaz para contener tantos desaciertos que el de impetrar de la silla apostólica las bulas correspondientes para el establecimiento del Santo Oficio; y en su consecuencia el Papa Sixto IV nombró quatro comisionados, que con el auxilio real inspeccionasen las perniciosas doctrinas que inundaban el reyno, aplicando para extinguirlas los remedios legales mas oportunos en coadjutoria con los reverendos obispos; lo qual no siendo aun suficiente por lo radicada que se hallaba la dolencia,

fué preciso encargar tan grave negocio al mismo cardenal Mendoza, y al célebre Fr. Tomas de Torquemada, con facultad de nombrar y crear subalternos, como lo hicieron en los años de 1479 y 1482, con residencia fija en la corte; impetrándose posteriormente á instancia del cardenal Manrique, sucesor de Mendoza en la mitra de Sevilla, el nombramiento de inquisidor general á favor del mismo Torquemada, que era del órden de Santo Domingo, prior del convento de Santa Cruz de Segovia, y confesor de los Reyes Católicos, con extension á los reynos de Cataluña y Aragon, confirmado despues por Inocencio VIII y Alexandro VI; en cuya virtud, y las facultades apostólicas concedidas para ello, se establecieron tribunales en cada una de las cabezas de obispado, en union con los reverendos obispos, los quales, habiendo empezado á exercer su ministerio, encontraron muchos estorbos para concluir los procesos, porque como entonces se formaban, segun el ritual comun criminal, y los reos eran muy prepotentes y acaudalados, se valian de todos los subterfugios posibles para entorpecerlos, impetrando bulas, rescriptos &c. Por lo que para evitarlo, cerrando la puerta á todo género de cavilosidad y malicia, fué necesario que los reyes expidiesen órdenes muy estrechas dirigidas á todos los prelados y cabildos, para que antes de su execucion los remitiesen á la inspeccion de su ministerio; pero creciendo cada vez las sugestiones y la perversidad, fué indispensable impetrar nueva bula del mismo Sixto IV en el año de 1483, señalando el modo de proceder en las causas de fe, y nombrando juez de Apelaciones á Don Iñigo Manrique, enviando al mismo tiempo á Roma en calidad de ministro á Antonio del Espinar, y por su muerte á Diego de Tortogona, para oponerse á la maliciosa impetracion de otros breves que continuamente solicitaban los reos, con lo que se ocurrió por entonces al torrente de males que se experimentaban, confirmándose inmediatamente el nombramiento de inquisidor general en el citado P. Torquemada, con facultad de crear y subrogar otras personas eclesiásticas con igual jurisdiccion y autoridad, lo que tambien se confirmó por Inocencio VIII en 3 de febrero de 1485; y en otras varias bulas, el qual para asegurar la direccion de los negocios, formó las correspondientes ordenanzas en Sevilla, con acuerdo de D. Alonso Carrillo, obispo electo de Mazara en Sicilia, Sancho Velazquez de Cuellar, y Micer Ponce de Valencia, del consejo de los Reyes Católicos, y otros sabios letrados; los quales volvieron despues á juntarse en Valladolid para reformar varios puntos, segun habia enseñado la experiencia, recopilándose posteriormente por D. Alonso Manrique, arzobispo de Sevilla, para instruccion de los negocios de fe, y las de D. Francisco Perez de Prado, obispo de Teruel, para los demas ramos de su competencia; todas las quales se fueron moderando sucesivamente segun la vicisitud de los tiempos. Despues de D. Iñigo Manrique, vino á España, con la competente autoridad pontificia, el obispo de Turnay para entender en el conocimiento de las apelaciones; cuya providencia, no siendo suficiente á contener los desórdenes que se ocasionaban, se consideró sumamente precisa la formacion de un tribunal supremo, á cuyo cargo estuviere la decision de semejantes recursos, y la sentada direccion de todo lo perteneciente al Santo Oficio en España, segun consta largamente del informe dado al rey D. Carlo III por el arzobispo de Farsalia, inquisidor general, en cumplimiento de la órden comunicada al intento en 13 de febrero de 1763; del qual resulta, que en

el año de 1488 ya estaba formado, y se convence de las provisiones dirigidas á los tribunales provinciales por aquel tiempo; quedando inconcusamente acordado desde entonces que el conocimiento de los asuntos tocantes á la fe fuesen fenecidos en España, sin pasar á Roma, como hizo ver al rey Felipe III D. Juan Álvarez Caldas, obispo, primero de Oviedo, y después de Avila, con una crecida recopilacion de bulas que presentó en la ocasion de haberse formado cierto proceso á un mismo tiempo en España y Roma sobre unas conclusiones ó tesis defendidas en la universidad de Alcalá, lo que cita el Sr. *Salgado* con acertada oportunidad, y se contiene en las muchas bulas que se custodiaban en los archivos ocupados, y en el de Simancas, trasladado á Francia, y se expresa con terminante decision en el auto acordado 14, título 7, libro 1 de la Recopilacion. Resultando de tan meditadas providencias la uniformidad de las que dirigen la prohibicion y calificación de las doctrinas perniciosas condenadas por la iglesia, las cuales de otro modo padecerian una variacion notable y muy perjudicial á la union de la iglesia española, por la diversidad de los decretos que se expiden en cada diócesis, quando obrando de esta manera se procede con una sabia consonancia, y los mas rápidos progresos, en obsequio de la religion y el estado, como se lee en los historiadores de aquella época: últimamente el gran cardenal D. Francisco Ximenez Cisneros, honra de su tiempo, y gloria de los sucesivos, siendo inquisidor general, dió y señaló la planta segura á los tribunales provinciales en el año de 1505, fixando uno en cada provincia, compuesto de dos jueces apostólicos, el ordinario respectivo, y un fiscal, con el número competente de dependientes, lo qual se confirmó tambien á principio del reynado del señor rey D. Felipe V por su decreto de 30 de octubre de 1705, evitando por este medio la multiplicacion de tribunales y empleados, y quedando mas expedita la administracion de justicia, sin el menor perjuicio del derecho episcopal, que siempre ha quedado preservado, y nadie le ha reclamado en contra, como es notorio. Sentado este ligero bosquejo del primer plantel, y forma del Santo Oficio, examinará menudamente cada una de sus partes para verdadera inteligencia de la jurisdiccion y prerogativas que le competen.

Del inquisidor general.

„El empleo de inquisidor general ha sido siempre el de presidente del importante ramo del Santo Oficio, desempeñándole en todos tiempos uno de los prelados mas calificados del reyno, en cuyo número se han contado muchos varones insignes en virtud y letras, y dos personas reales, el archiduque Alberto, cardenal de Santa Cruz, gobernador de Portugal, y el cardenal D. Henrique, que fue rey, con otros muchos personages. Dimana su jurisdiccion primitivamente de la bula del papa Sixto IV, expedida en el año de 1479 á súplica de los Reyes Católicos para atajar los pasos á la supersticion judaica, concediéndoles la facultad de nombrar dos inquisidores en los reynos de Castilla y Leon, como lo hicieron en 27 de diciembre de 1480 en dos religiosos dominicos, aprobando su nombramiento el mismo Sixto IV por otras bulas expedidas en enero y febrero de 1482, ampliando la facultad al de siete; y en una tambien del mismo año se concedió á los mismos reyes la facultad de nombrar inquisidor general para los reynos de Aragon, Valencia, Cataluña, Sicilia, Castilla y Leon, insertándose igual en otro breve

de Inocencio VIII de 10 de febrero de 1484, como aparece de las notas á la ley 1, título 7, libro 2 de la novísima Recopilacion, en virtud de las quales nombraron primer inquisidor general á Fr. Tomas de Torquemada, prior de Santa Cruz de Segovia. El Papa Sixto IV le nombró tambien directamente para tan importante cargo, con facultad y autoridad de nombrar otras que gozasen de la misma jurisdiccion, cuya bula se inserta en otra del mismo Inocencio VIII, expedida en el año de 1486, confirmando en todas sus partes, y renovándola en otra posterior del año de 1486; cuyo contexto, reducido á nombrar inquisidores con igual autoridad, conocer de apelaciones, y proceder con toda independencia en los asuntos del Santo Oficio, se halla repetido en otras muchas, y son las siguientes: Alexandro VI en el año de 1494: Julio II en el año de 1507: Leon X en el año de 1518: Clemente VII en el año de 1529 y 1532; y Paulo III en el de 1539: siendo muy singular que este último en el año de 1544, creando la Inquisicion de Roma por su bula *Imprimis igitur*, expresó que nada intentaba innovar de lo perteneciente á la de España, repitiendo lo mismo en el año de 1544 en su bula *Circumspecta Romani providentia Pontificis*, y la declaracion general de que era su mente se observase lo mismo en todos los reynos, provincias y lugares en que se exerciese con la autoridad apostólica. Julio III en el año de 1551 lo confirmó con la maravillosa ampliacion de que nada se entendiase reservado á la Silla apostólica en lo perteneciente á la Inquisicion de España, y la expresion en quanto á las apelaciones *per te seu per alios à deputandos* (habla del inquisidor general): repitió las mismas facultades Gregorio XIII en el año de 1572. Igualmente Clemente VIII en los años anteriores de 1596 y 1599, expresando en este último concedia al inquisidor general de España el conocimiento acerca de los libros. Alexandro VI habia expedido tambien en 1498 cierta bula, declarando que debian conceptuarse subrepticias todas las que se despacharen contra la Inquisicion de España, y añadiendo la cláusula *á no ser que consintiesen los Reyes Católicos*. Sentándose por punto fijo y seguro que semejante revocacion no pueda tener efecto sin que concurren dos circunstancias; á saber: la derogacion literal de todas sus cláusulas, sin omitir la menor expresion, y el consentimiento del rey, como se advierte claramente en el contexto de la bula expedida por el Papa Julio III, su fecha 15 de diciembre de 1591, nombrando inquisidor general al arzobispo de Sevilla, en que se recopilan todas las anteriores, y stampa literalmente el célebre D. Francisco Salgado, parte 2, capítulo xxxiii de su instructiva obra *de Supplicatione ad Sanctorem*, citando todas las referidas, en donde pueden verse con extension.

„Paulo III en el año de 1539 dixo expresamente que el conocimiento acerca de los libros era propio de la Inquisicion de España y su territorio: Julio III en el año de 1550 y en el de 1554: Paulo IV en el de 1558, en el de 1559 y en el de 1560, y Gregorio XIII en el de 1572, decretaron su amplia autorizacion. Inocencio VIII ya dicho fué el primero que lo determinó en los años citados de 1485 y 1486, con la cláusula expresa *non ad nos, seu Sedem Apostolicam, sed ad te debeat appellari*, concediéndose por Julio II en el año de 1507, á 4 de junio y 9 de noviembre del mismo, facultades absolutas á Juan Enguera, inquisidor general de Aragon, y lo mismo al cardenal Cisneros, que lo era de Castilla, despues que muerta la reyna

Doña Isabel se encargó del gobierno de Aragon el rey D. Fernando, y Felipe I de Castilla, que se vinieron posteriormente, como queda ya dicho en las bulas arriba citadas.

„El Papa Leon x expidió sus letras á 31 de mayo de 1513, prohibiendo, baxo pena de excomunion, que ningun tribunal de la iglesia conozca de los asuntos pertenecientes á la Inquisicion de España, ni aun por via de apelacion, confirmandolo tambien en otras de 15 de junio del mismo año, repitiendolo de la misma manera Adriano vi en 10 de setiembre de 1523, y Clemente viii en 1595, con Paulo iii en 21 de diciembre de 1534 y 7 de setiembre de 1539, que lo decretaron antes cometiendo á la Inquisicion de España la prohibicion, correccion y expurgacion de los libros. Todas las quales bulas y letras son citadas por el referido Salgado, con relacion á los registros, manuscritos y bularios que se conservaban en el archivo del supremo consejo, y las colecciones hechas por el arriba dicho D. Juan Alvarez Caldas, y el formado por D. Juan Dionisio Portocarrero, que tuvo á la vista; de todo lo qual se infiere que la jurisdiccion y preeminencia del inquisidor general de España dimana directamente de la Silla apostólica, renovándose en el nombramiento sucesivo de todos los prelados que sirvan este empleo, con la facultad de nombrar inquisidores, ó llámense diputados con igual autoridad que el mismo, reservándosele la apelacion, con inhibicion de qualquiera otro tribunal; cuidando de expresarse en dichas bulas la precisa cláusula *pro tempore existenti inquisitori generali*, por lo qual se radicó en dicha dignidad toda la jurisdiccion apostólica que le compete al Romano Pontífice para el conocimiento de esta clase de negocios por lo tocante á España, como resulta de tantas bulas, decretos y rescriptos como van citados, y recopila con otros varios el mismo Salgado; asegurando al número 145, capítulo xxxiii de la Partida II, folio 449 de la impresion de Leon, que él habia tenido en sus propias manos, y reconocido por sí mismo los indices, decretos, registros y demas catálogos que se conservaban en el consejo; con lo qual se viene en conocimiento práctico é indisputable que al inquisidor general de España le compete la autoridad suprema sobre las causas de fe, con todo lo anexo y dependiente el nombramiento de inquisidores con igual autoridad que él mismo, la decision de las apelaciones y recursos, prohibicion de libros, y todo quanto se comprehende en la esfera de esta autoridad y jurisdiccion, sin que puedan ser revocados los decretos pontificios sin dos circunstancias específicas; á saber: *expresion menuda y literal de la bula que se revoca, y el consentimiento del Rey Católico*, por cuyo defecto se han mandado recoger, por disposicion real, varios buletos y breves expedidos en diversas ocasiones en perjuicio del Santo Oficio de España, dándosele las órdenes mas terminantes para ello, de que cita diversos casos el mismo Salgado en el parage ya indicado y repetido.

„De esta manera no queda la menor duda de que en el dia es subsistente la autoridad pontificia en España, sin que pueda suspenderse, revocarse, ni disminuirse en el ejercicio de sus funciones, con inhibicion de todo otro tribunal, sin el peligro de hacer notable desprecio y escandalosa transgresion á los decretos y disposiciones del vicario de Jesucristo, cabeza sagrada de la iglesia militante; y así nunca se ha verificado oposicion, ni reclamacion alguna, ni de los prelados de la iglesia de España, ni de las autoridades civiles y eclesiásticas de todas clases; prestándose todas á la mas rendida obediencia.

á los preceptos apostólicos, dirigidos á tan alto fin, emulándose en el día cristianamente los prelados de la iglesia española y el catolicismo de los pueblos en dirigir sus eficaces postulaciones, solicitando el pronto reintegro del tribunal de la Fe en el lleno de sus funciones.

Del supremo consejo de Inquisición.

„Después de D. Inigo Manrique, arzobispo de Sevilla, á quien se habia encargado el conocimiento de las apelaciones de los asuntos de fe, vino á España con el mismo objeto, y la autoridad pontificia competente, el obispo de Turnay, cuya providencia, no siendo suficiente á contener los desórdenes que se ocasionaban, fué precisa la formación de un tribunal supremo que entendiese en semejantes recursos, y la asentada direccion de todo lo perteneciente al Santo Oficio en estos reynos, según consta largamente del informe arriba citado, que se dió al rey D. Carlos III por el arzobispo de Farsalia, inquisidor general, en cumplimiento de orden que se le comunicó al intento en 12 de febrero de 1763, ya citada, del qual resulta que ya se hallaba establecido en el año de 1488, en cuya creacion se conformaron los Reyes Católicos con aquel hecho del Exódo (*cap. 18*) acerca del dictamen que dió á Moyses su suegro Jetró, dirigido á que eligiese de todo el pueblo varones íntegros y temerosos del Señor, amantes de la verdad, y enemigos de la avaricia que evacuasen la expedicion de los negocios, que no podia él solo por sí, y le diesen dictámen en los de gravedad.

„Este supremo senado se compuso desde el principio de cierto número de consejeros eclesiásticos, y dos individuos del consejo de Castilla en calidad de asesores con voto, ó sea mejor consultores, por disposicion del Sr. D. Felipe II, y por la del Sr. D. Felipe III y Sr. D. Carlos IV se reservó una plaza para religioso de la orden de Santo Domingo, y otra en turno para todas las religiones establecidas en España. Sus facultades se han extendido siempre al conocimiento supremo de todos los ramos inherentes al Santo Oficio, como propias atribuciones suyas, considerándose desde su origen el segundo de la nacion en el orden gerárquico, con asiento igual preeminente en todas las funciones públicas y de etiqueta, con preferencia á los demas, después del de Castilla, de cuyo establecimiento se han seguido los mas atinados aciertos. Su autoridad es legítima sin disputa alguna, conociendo en dicha clase de negocios por exposicion real y pontificia, en virtud de decretos expedidos para ello; gobernando con igual autoridad en ausencias y vacantes del inquisidor general, á cuyo fin han dado siempre su voto individual cada uno de sus miembros, y el inquisidor general el suyo, como un mero presidente, colocándose en sus plazas, desde el principio, ministros de probidad, práctica y experiencia, con cuyo objeto, considerándose los inquisidores que servian en las provincias podian llenar mejor esta idea, se les destinaba por turno de su antigüedad á llenar sus huecos de muchos años á esta parte.

„He dicho que es legítima la jurisdiccion del consejo, añadiendo, con facultad de gobernar el ramo de su inspeccion en todo género en vacante del gefe supremo, y aparece de las reflexiones siguientes. Habiendo creado los Reyes Católicos un tribunal, en quien se depositó la confianza y seguridad de las decisiones de materias tan delicadas, era indispensable que le adornasen de la autoridad competente para tan altos fines; pues de lo con-

irario estaba incompleto su establecimiento; de suerte que faltando la cabeza de todo el gremio, quedaria paralizado su ejercicio en materias tan importantes; y mediante que no pueden presentarse en el dia las bulas obtenidas para este efecto, que pudo haber conseguido la comision preguntando á los sugetos que pudieron dar luz en el asunto, y aun alguno entera fé de su existencia, consultemos los monumentos históricos que mas facilmente se vengan á la mano, haciendo las reflexiones legales que persuadan la realidad de este aserto. El maestro Gil Gonzalez de Avila en su obra intitulada Teatro de las grandezas de la villa de Madrid, impreso en ella en el año de 1623, dice, hablando del establecimiento de este consejo: „le dieron los Reyes Católicos (habla del presidente) el título de inquisidor general, y á sus consejeros de inquisidores apostólicos, suplicando al Pontífice Romano, cuyas veces tienen en España, diese todo el valor y autoridad que pedia una obra que se tenia por inspirada del cielo.... Dió-le el poder que convenia (habla del Papa Sixto IV) para las causas pertenecientes á la fe católica, los reyes el de consejo real para las que tocaban al buen gobierno de la Santa Inquisicion, citándose varias bulas al intento que dice se guardan en el archivo real de la villa de Simancas (Documento número 1), (a) en donde yo mismo he visto, acompañado de sugeto de autoridad, colocado en el dia en una de las mas altas clases del Gobierno, en lo mas reservado de los instrumentos importantes que se conservaban allí, dos caxones con su respectivo rótulo, segun queda dicho arriba.” Gobernando estos reynos el príncipe D. Felipe por su padre el emperador Carlos V, expidió su real cédula fecha en Madrid á 10 de marzo de 1553, por la qual señala y prefixa las funciones propias y privativas de este senado; cuyo contexto, sumamente notable en todas sus partes, especialmente quando expresa, hablando de los consejeros, „que solo ellos tienen facultad en lo apostólico de S. S. y Sede apostólica, y en lo demas de S. M. y los Reyes Católicos.” (Documento número 2.) (b) A vista de un documento tan autorizado seria una avilantada temeridad negar un aserto tan indisputable, pues para evacuar la consulta que se cita en él, y que produjo una decision tan acertada, era indispensable haber tenido en consideracion, y á la vista, todos los documentos civiles y canónicos necesarios, pues lo contrario era ageno de la seriedad y tino con que los magistrados españoles han consultado siempre á sus monarcas en los encargos que les han hecho. En consecuencia de estos antecedentes, pregunta el célebre Luis de Molina, en su obra de *Justicia et jure*, tomo IV, tratado V, disputa XXVIII, número 7: „si los consejeros del supremo consejo de la Inquisicion deban considerarse como delegados inmediatos del Romano Pontífice ó del inquisidor general. Y sienta que lo son inmediatamente de la Silla apostólica, aunque con cierta subordinacion al inquisidor general, porque así conviene al régimen, union y fin á que se dirige todo el negocio de la Santa Inquisicion, y porque no le impide esto por la dependencia de una cabeza, confirmando esta doctrina con la expresa decision del Papa Alexandro IV, citada por Peña en sus Comentarios al Directorio de Eymérico, y lo que dice posteriormente en el párrafo de la letra F; á saber: que son creados por el rey, y nombrados

(a) Se hallará al fin de este discurso en el apéndice de documentos.

(b) Apéndice de documentos.

solamente por el inquisidor general; en cuyo acto, y por su aceptacion, quedan revestidos de autoridad apostólica, segun lo exige el mejor orden de las cosas, formando un tribunal en union con el mismo gefe para la direccion acertada de los negocios de la fe y religion, aumentando los fundamentos legales con lo que antes dexa sentado en el número 5 de la misma question; y la decision canónica de Alexandro iv, que transcribe en la letra B anterior, concebida en los términos mas conformes á la bula primitiva, que se expidió para el establecimiento del Santo Oficio en España; á saber: „que quando se concede la facultad á un comisario pontificio para entender en los negocios de la fe, con la calidad de crear otros iguales á él en jurisdiccion, se entiende que son delegados inmediatamente del Romano Pontífice.”

„Examinemos ahora las reflexiones legales en que se funda tan acreditada doctrina. En el mismo hecho de haber concedido la Silla apostólica facultad absoluta para entender en los negocios de la fe en España á los inquisidores generales, con complicacion al nombramiento de personas iguales en jurisdiccion, y la de crear ó deputar otras que entendiesen en esta clase de negocios, se vieron autorizados para concurrir, mediante las disposiciones de los Reyes Católicos, á la formacion del consejo: en virtud de su absoluta comision, sin reserva alguna, como expresan las bulas arriba citadas, comunica el primero la autoridad apostólica, de quien es no mas que un mero instrumento nominal, á aquellas personas ó sugetos destinados, nombrados y autorizados para entender en los negocios de esta privativa inspeccion. Esta doctrina la trata prolixiamente y con sobrada claridad el ya citado Molina en el lugar y parage dicho, sentando como inconcuso y verdadero un principio tan conocido; naciendo de él que aun quando fuese el inquisidor general, de ningun modo falta la jurisdiccion apostólica, porque en las materias de fe y religion no espira por la muerte del que la concede en favor de ella, segun la decision expresa del capítulo x *Ne aliqui de hereticis*, libro vi de las Decretales de Bonifacio viii, en donde el Papa Urbano iv decia lo siguiente: „Para que ninguno dude si el oficio de Inquisicion de la herética pravedad, concedido por la Silla apostólica, no espira despues de la muerte del Pontífice que la concedió; declaramos por el presente edicto que en el mismo oficio, no solo en quanto á los negocios comenzados, viviendo el delegante, sino en quanto á los no comenzados, y que de ningun modo hubiesen tenido principios, dura despues de la muerte del comitente en favor de la fe; y se roborá mucho mas con la glosa.” Y así nunca se ha verificado el menor tropiezo, pues hecho el nombramiento por el rey á favor del magistrado que destina para consejero de Inquisicion, le confiere toda la autoridad civil competente, recayendo sobre ella el de la jurisdiccion apostólica que le comunica el inquisidor general por medio de su designacion, ó sea nombramiento; y en virtud de ambos documentos se ejercen las dos jurisdicciones apostólica y civil, las cuales no espiran por las muertes de los nominadores: no la primera, porque, como queda dicho en el capítulo citado, aun faltando el Romano Pontífice, de quien depende inmediatamente, no espira; no la segunda, porque ningun tribunal del rey no suspende el ejercicio de su jurisdiccion por la muerte ó ausencia del rey; y de ahí vino aquella fundada consulta que hizo al rey D. Feli-

pe v el consejo de Castilla en el año año de 1704 en la gran controversia suscitada sobre este mismo punto en la célebre causa de Fr. Froylan Díaz, pretendiendo el inquisidor general Mendoza que á él le competia privativamente su conocimiento, y al de los consejeros solo el oficio de meros consultores; manifestando el consejo Castilla que por las bulas de León x del año de 1515, y otras de Clemente vii y Julio iii, compete á cada uno de los consejeros su voto privativo en estos negocios, y no el de meros consultores que se les atribuia; segun consta todo de dicha consulta, que produjo la suprema decision del año de 1704 (Documento 3) (c).

„Y en consecuencia de estos sentados principios, quando en el año de 1714 el cardenal Indice, inquisidor general, expidió un edicto prohibitorio de varios papeles perniciosos desde la corte de Paris, en donde se hallaba con graves encargos diplomáticos, se resolvió, á consulta de una junta especial de varones de literatura y probidad, hecha al mismo rey Felipe v, que no pudiendo exercer en el reyno acto alguno de jurisdiccion, estando ausente, solamente era válida aquella providencia decretándola y firmándola los consejeros de Inquisicion, como se lee en el tomo ii de los comentarios del marques de San Felipe sobre la guerra de sucesion, de la impresion de Génova, folio 124 y siguientes: siendo este respetable cuerpo en todos tiempos un semillero de obispos venerables, magistrados zelosos, y exáctos servidores de la patria, habiendo desempeñado siempre delicados encargos y comisiones en presidencias, visitas de audiencias, y otras semejantes, de que es exemplar muy notable entre otros muchos el extraordinario servicio del licenciado de Gasca en el Perú, que hace época en la historia de las conquistas de las Américas. Y teniendo por último á su favor la práctica inconcusa de trescientos años, sin reclamacion alguna, antes bien, la aquiescencia de todas las autoridades supremas.

De los inquisidores provinciales.

„En fuerza de lo dispuesto por el cardenal Cisneros en el año de 1509, arriba referido, quedaron establecidos los tribunales del Santo Oficio en cada una de las provincias de España, y tres en las Américas, compuestos cada uno de dos jueces apostólicos, que por derecho comun deben estar adornados, entre otras qualidades, de la edad de quarenta años (Clementina *Volentibus de hereticis*); y en España, por una especial de Inocencio viii, de la de treinta, con la calidad de ser doctores ó maestros en derechos, y preceder la informacion de oficio de su limpieza y probidad, qualidades tambien requeridas en los empleados subalternos; en cuyo número se cuentan muchas familias de las mas distinguidas de cada provincia, el ordinario respectivo, un fiscal y los curiales necesarios para el desempeño de su ministerio, asistiendo en los tribunales de México y Lima dos oidores, lo mismo que en el consejo supremo, y en los restantes suficiente número de consultores seculares y eclesiásticos letrados de probidad y profesion, con asistencia en todos de calificadores teólogos de virtud y letras; y de esta manera, con auxilio de unos y otros, se empezó á desempeñar el ministerio del Santo Oficio en España, con tan rápidos progresos, que se purificó en pocos años la católica grey española de la inmundicia pesti-

(c) *Apéndice de documentos.*

fera de las heregias y mala doctrina; por lo que antes de pasar á explicar el modo y manera de desempeñarse tan sagrado ministerio en todas sus partes, conviene referir el concepto público que ha merecido en todos tiempos una ocupacion tan sagrada.

„Asegurado y ordenado de esta manera en España el Santo Oficio, cuyo dictado se dió en Italia al tribunal de la Fe, y enlazadas entre sí la autoridad apostólica y ordinaria eclesiástica, con auxilio de la civil, en repetidas leyes y decretos ha producido los efectos mas saludables que podian desearse en lo espiritual y político, manteniendo la tranquilidad pública con el esmero que acredita la experiencia; por lo qual se lisonjeaba el rey Felipe II de que con veinte clérigos tenía sus reynos pacíficos, quando la Francia se despedazaba con las opiniones de los sectarios, sin bastar crecidos exércitos para sujetarlos. Se cerró, pues, en España la puerta á las heregias que agitaban el Norte por medio del castigo del doctor Cazalla y sus sequaces en Valladolid, y al error de los iluminados, con otros escarmientos repetidos oportunamente, desterrándose hasta los vestigios y preocupaciones que habian dexado diseminadas los moriscos por las sierras, montañas y aldeas de supersticion y falsa creencia, y los milagros supuestos, devociones mal entendidas, y mística mal consultada, con prácticas peor dirigidas; resultando de todo que desde el primer establecimiento del Santo Oficio en España hasta el dia, ha sido la observancia religiosa en ella pura, limpia y constante, sin poderse alegar hecho ni documento en contrario: á vista de lo qual se han multiplicado á su favor los elogios de los autores regnícolas y extrangeros.

„El venerable padre español Fr. Luis de Granada, considerado como santo padre de la iglesia de España, hizo la descripcion mas honrosa del Santo Oficio en el último sermon que pronunció pocos dias antes de su muerte, que merece leerse con detencion. San Ignacio de Loyola repetia sus consultas al tribunal con mucho fruto espiritual suyo por la confianza que tenia en sus resoluciones. El obispo de Justandil, en Bulgaria, llamado Fr. Vicente, de origen valenciano, del orden de predicadores, coleccionó quanto conducia al mismo objeto en un manuscrito que hasta el dia se conservaba en la estimable biblioteca del convento de San Pablo de Valladolid; y con especial recomendacion puede verse con prolixidad lo que escribieron sobre el mismo asunto los acreditados historiadores Juan de Mariana y Salazar de Mendoza, el primero en su Historia de España, y el segundo en su Monarquía española en la época del establecimiento del Santo Oficio, á los quales puede agregarse Cabrera en la historia de Felipe II, con otros muchos coetáneos, todos conformes en el asunto. El cardenal Estanislao Osio, de nacion polaco, presidente que fué del concilio de Trento, en su obra contra el herege Brenzio, consideraba feliz á España por semejantes disposiciones, que la hacian envidiable de las demas naciones. Entre los franceses Papirio Masson en la vida de Sixto IV, el célebre Memorcín, obispo de Aix, en uno de los muchos escritos que publicó contra los jansenistas en el año de 1722, y el erudito Floremundo, consejero de Burdeos, explicándose todos con los mas enérgicos encomios; pero con mas autoridad que todos el Papa Paulo IV, al tiempo de morir, recomendó este ministerio á los cardenales, como el único consuelo que restaba á la iglesia en las amargas aflicciones de aquel tiempo, segun se lee en las actas de la eleccion de Pio IV, sucesor

suyo. Las bulas apostólicas expedidas á su favor son infinitas con multiplicadas gracias espirituales y temporales, especialmente de Pío v, Alexandro iv y Sixto v; siendo muy notable la bula de Clemente xi en 11 de octubre de 1716, dando gracias á la universidad de Salamanca por su zelo en sostener la sana doctrina; y sobre todo brilla extraordinariamente el testimonio autorizado que hasta estos dias se conservaba en el venerable santuario de nuestra señora de Guadalupe en Extremadura de los crecidos prodigios que se experimentaron á la sazón de hallarse en aquel sitio practicando tan santo ministerio Fr. Nuño de Arévalo, prelado de aquella casa, el licenciado Sancho de la Fuente, vicario de Zamora, y el licenciado Pedro Sancho, inquisidor apostólico, previa la rogativa mas devota para impetrar de la Madre de la pureza una visible aprobacion de quanto estaban practicando en obsequio de nuestra religion; de cuyas resultas mandó el rey que se aplicasen los bienes que se confiscaron al hospital de aquella villa, como se verificó exáctamente.

„Los monarcas españoles nunca se separaron de estos religiosos principios desde D. Fernando el Católico hasta el presente, como se registra en sus repetidas cédulas y diplomas; en sus decretos, testamentos y encargos particulares; siendo muy notable el que hizo en esta parte Don Felipe v á su hijo Luis i en el papel de avisos que le dirigió quando hizo renuncia de la corona, publicado por Valladares; y con mucha razon, porque la religion católica une entre sí los corazones por las íntimas impresiones de la conciencia; siendo consecuencia infalible que quando subsiste en su fuerza y vigor, permanece incontrastable la quietud del estado, en que consiste principalmente su nervio político; amenazando lo contrario una ruina inevitable, como anunció antes que nadie el profeta Isaías (*cap. 6, v. 12*), y confirman entre otros Tertuliano y San Cipriano, hablando de la unidad de la iglesia; y la experiencia de los perjuicios causados por la heregía en toda la Europa, como se advierte dolorosamente recorriendo todas las regiones de su dilatada comprehension una por una, al paso que la España ha reposado tranquila, llenándose de honor el que así en sus concilios, como en los códigos nacionales, en mas de cien lugares se encuentran repetidas disposiciones á favor de la religion, nacidas del zelo y piedad de sus monarcas, que tuvieron siempre muy á la vista la sabia y sólida consulta que hizo al emperador Carlos v el consejo de Castilla á principio de su reynado; en la que sentó „que siempre que en España había sido desfavorecido el Santo Oficio, se habian experimentado daños muy graves, cuyo aserto, siendo consecuencia de los tiempos anteriores, ha sido un vaticinio experimentado, con harto sentimiento en los sucesivos; y que quiso evitar zelosamente la nacion en las Córtes de Medina del Campo en tiempo de Henrique iv, arriba citadas, y que se leerán á su tiempo en aquella solemne convencion estipulada con la escritura mas auténtica para que se prestase todo el auxilio necesario á los prelados, y demas que tuviesen el encargo formal de perseguir á los hereges; monumento inmortal de la religiosidad de los españoles. Dando un testimonio muy moderno de la utilidad y necesidad del ministerio del Santo Oficio con elevados encomios el célebre misionero Fr. Diego de Cádiz, honor de su patria, en el sermón panegírico histórico moral que predicó á las glorias de San Pedro Mártir en Sevilla año de 1786 (*párrafo 3, fol. 47*), con referencia y apoyo

de autoridades las mas dignas de veneracion; la qual profesaron con la mayor sumision personas de la mas alta virtud, cuya santidad veneramos en los altares (*Santa Teresa de Jesus y San José Calasanz; aquella en su vida cap. 33, núm. 3*), las quales, delatadas al Santo Oficio por la malevolencia ó ignorancia de algunas personas, dixerón reposaban en tranquilidad, porque sus negocios se trataban en el seno de la rectitud.

De la jurisdiccion del Santo Oficio.

„Sentados estos precisos antecedentes, descendamos gradualmente á examinar la naturaleza y carácter de la jurisdiccion del Santo Oficio, y el modo de practicarla, reservando para su oportuno lugar hacerlo de si se opone ó no á la sábia constitucion establecida por V. M. con aplauso universal. La jurisprudencia eclesiástica, así como la civil, conoce tambien prácticamente la division notable de poderes en la acertada direccion de su gobierno. El legislativo, que reside en el Sumo Pontífice, como sucesor de S. Pedro, por aquel elevado encargo que le hizo Jesucristo de cuidar de su grey, segun testifica S. Juan (21), *Pasce oves meas &c.*, con el de atar y desatar en la tierra lo que fuese conveniente á su bien espiritual por San Mateo (16) *Quodcumque ligaveris super terram, erit ligatum et in celis &c.* Y tambien en los obispos, por aquellas misteriosas palabras que le dirigió el Salvador separadamente, segun S. Mateo (18), *Quodcumque ligaveritis super terram &c.* Y San Pablo (20 *Actorum*), *Posuit vos episcopos regere ecclesiam Dei.*

„En virtud de estas divinas exposiciones, se han meditado las leyes mas oportunas y edificantes para direccion de la santa iglesia, ya por decretos pontificios, y ya en los concilios generales, provinciales y diocesanos, acordando en ellos quanto podia conducir á la mayor utilidad espiritual de los fieles de Jesucristo, único objeto de las apostólicas tareas de los venerables Padres que intervinieron en su formacion, los quales han obrado hasta el dia en todos sus acuerdos sin variacion alguna, y con la mas admirable consonancia.

„El Poder ejecutivo, ó sea la potestad encargada de cumplir y llevar á su debido efecto las leyes y decretos promulgados, está encomendado á los ministros sagrados de dos maneras. Lo relativo al cuerpo verdadero de Jesucristo, que tiene su dependencia del órden, y comprehende los sacramentos y sacramentales, pertenece á los obispos y presbíteros respectivamente, conforme al grado de su ordenacion y carácter, baxo la ritualidad competente, y lo que corresponde á la jurisdiccion que toca privativamente al Romano Pontífice y á los obispos, segun la consideracion respectiva asignada á cada uno.

„El Poder judiciario corre á cargo de los tribunales de justicia establecidos para su recta administracion, los quales son diversos, segun ha juzgado conveniente la iglesia para mayor conveniencia de los fieles, cuya enumeracion seria de importuna molestia; pero ciñéndome ligeramente á la de España, como á propósito del asunto de que se trata, diré de pronto que se han creado en ella los tribunales necesarios en virtud de bulas apostólicas y decretos pontificios, atendida la urgencia de cada diócesis. De estos, unos son inferiores para conocimiento de las causas civiles, criminales y beneficales, y en algunas diócesis; otros de igual clase, con separacion, para solo el conocimiento de lo decimal, causas pias y visita,

compuestos de un solo juez y el defensor de la ley, ó llámese fiscal: sobre los cuales conoce en grado de apelacion el del metropolitano, con los mismos empleados, y en superior recurso la Rota española, que es tribunal colegiado y apostólico para este fin, presidido por el nuncio de la Santa Sede.

„Para la recaudacion y demas perteneciente al ramo de la santa Cruzada hay un tribunal inferior en cada obispado, compuesto de tres jueces y un fiscal, y otro supremo en la corte, con varios ministros eclesiásticos y seculares, presidido por el comisario general, nombrado á este fin por bulas apostólicas, y auxiliado de la autoridad civil. Para atender á lo espiritual de los ejércitos de mar y tierra hay tambien un tribunal inferior en cada provincia y cada uno de los ejércitos de operaciones de la misma índole que el ordinario eclesiástico, con las apelaciones al vicario general castrense que reside en la corte, todo en virtud de los competentes diplomas pontificios. Y últimamente, por lo respectivo á la fe, para mantener pura é ilesa la creencia católica en España, se estableció con la misma autoridad de la iglesia, y auxilio de la civil, un tribunal inferior en cada provincia, y un supremo en la corte para la superior direccion de todos, en los términos que ya queda explicado, á consecuencia de los acuerdos y determinaciones anteriores de los concilios generales Lateranense segundo, tercero, quinto y último, el Constanciense y el Vienense, y los provinciales Milevitano de 416, tercero de Orleans, segundo de Toledo, los de Toluza, Narbona y Besiers, y sobre todos el ecuménico de Trento, confirmando el último citado de Letran hablando de la prohibicion de libros perniciosos (*sesion 25 al fin*).

„La jurisprudencia regulativa de los procedimientos de todos los referidos tribunales para gobierno de los jueces que administran justicia en ellos, se ha establecido por la iglesia en sus leyes pontificias y conciliares las reglas convenientes y oportunas, segun las respectivas materias de su competencia, observándose quanto se haya prevenido para la ritualidad y orden de los juicios, lo que se halla recopilado en el libro 2.^o y 5.^o de las Decretales sobre juicios y acusaciones &c.; con la particularidad de que sin embargo de que estos deben concluirse por regla general con tres sentencias, pasando su decision en autoridad de cosa juzgada, se hallan exceptuadas de ella las causas matrimoniales, en las cuales puede abrirse el proceso de nuevo; los fundamentos legales correspondientes acerca de la consistencia de vínculo, y la de que á pesar de prohibirse por derecho la pesquisa ó indagacion geneneral de los delitos, está mandado practicar á los obispos por el santo concilio de Trento (*ses. 24, cap 3*) en la visita diocesana, averiguando y corrigiendo los pecados públicos.

„Por lo tocante á los negocios de fe y creencia, se establecieron tambien ciertas reglas especiales por bulas apostólicas y determinaciones canónicas recopiladas en el título de *hereticis* del libro 5 de las Decretales de Gregorio IX, Bonifacio VIII y las Clementinas, como la retencion de los nombres de los testigos y delatores, fundada en la caridad cristiana, así para que no se publiquen los defectos de los fieles en su correccion espiritual, como por la libertad de aquellos en manifestarlos, conforme á los preceptos de la iglesia; baxo cuyos seguros principios, siendo constante que los obispos son superintendentes de la casa del Señor, y depositarios de su sagrada doctrina,

concurriendo con su voto á las decisiones infalibles de lo relativo á la fe y moralidad, se sujetan con la mas rendida exáctitud al cumplimiento de las leyes establecidas para el gobierno de su iglesia, la mayor parte con su acuerdo, sin discrepancia alguna de los comprendidos en la comunión católica, por exígerlo así la unidad de la santa iglesia en su doctrina y bien arreglada direccion; á cuyo efecto se decretó en la sesion 25 del concilio de Trento (*cap. 18 de Reformat.*) „que los sagrados cánones se observen exácta é indistintamente por todos; y quando la urgente y justa razon, ó la mayor utilidad, exígiesen el que se dispense con algunos, deban hacerse con madurez y conocimiento de causa, repitiéndose lo mismo en el penúltimo decreto de la misma sesion con la mas estrecha severidad, y reservando al Romano Pontífice el grave encargo de proveer lo conveniente segun su prudencia, atendida la urgencia de la iglesia, en todos los casos en que no pueda proveerse por el concilio.”

Del delito de heregía, y á quien compete el conocimiento de este delito.

„Explicada ya la planta de los tribunales de la iglesia para conocimiento y direccion de los negocios civiles y criminales, se sigue explicar y poner de manifiesto la jurisprudencia que rige al establecido para el conocimiento privativo del delito de la heregía y apostasia, que por su gravedad ha necesitado la meditacion de reglas especiales. El mayor delito que se conoce en el mundo es el de la heregía, aun mas enorme que la idolatría, como dicen S. Ireneo en su obra contra las heregías (*cap. 9*), y el Papa Inocencio IV en su Constitucion primera; porque aun quando otros pecados destruyan la gracia, y quiten el derecho á la gloria, no hieren á la fe en su raiz, ni se dirigen á destruir de todo punto la gloria y la gracia, como dicen muchos Santos Padres, entre ellos San Gerónimo, que afirma en su Comentario á Isaías, que no hay impío alguno á quien no supere en impiedad el herege, siendo el productivo de todos los males, como escribió el mismo Martin Lutero en su proemio á la epístola primera á los Corintos, y así claman todas las leyes contra su delinquencia, perteneciendo por tanto su punicion privativamente á la iglesia de Dios vivo, columna y firmamento de la verdad, segun el apóstol S. Pablo en su primera carta á Timoteo (*cap. 3*). En su consecuencia lo ha determinado así por las disposiciones canónicas, recopiladas en sus códigos reales, y con determinada expresion en el capítulo *Ut Inquisitionis*, párrafo *Prohibemur* del sexto libro de las Decretales; y en las Constituciones apostólicas: segunda del Papa Julio III, que empieza *Licet*: séptima de Gregorio XIV *Cum alias*, párrafo 6: décima de Inocencio VIII *Dilectus filius*, párrafo 2: quarta y tres de Leon X *Honestis*, párrafo 3, con expresion de muchos y graves autores; y lo tienen reconocido tambien así nuestras leyes en la primera y segunda de Partida, tit. 26, part. 7, con las recopiladas en la primera del tit. 3, lib. 8 de la penúltima Recopilacion, y recomendado estrechamente en las Cortes de Valladolid del año de 1518, de que se hará mencion mas adelante; excluyéndose absolutamente de estos negocios al juez secular, porque como la heregía ofende muy de cerca la virtud de la fe, es un crimen meramente espiritual y eclesiástico, de cuyo conocimiento es incapaz la autoridad civil, como enseñan sin discrepancia todos los autores de ambas jurisprudencias; por lo qual, y su gravedad, ha deter-

minado la iglesia que no se comprehenda su absolucion en la gracia general del jubileo, por solemne que sea, reservándose á los reverendos obispos y los inquisidores, segun consta de las constituciones, diez y seis de Inocencio iv, y nueve de Alexandro iv.

„ La jurisdiccion del Santo Oficio para la punicion de este delito, aunque en su origen tuvo todo el carácter de delegada, ya últimamente se ha considerado en la clase de ordinaria desde que se estableció en territorios fijos con demarcacion señalada, y se incorporaron en el derecho comun las disposiciones tocantes á su autoridad, especialmente en España, por lo qual nunca cesa, aun en vacante de la Silla apostólica, como decide expresamente el cap. *Ne aliqui* del lib. 6.º de las Decretales de Bonifacio viii, explicado ya arriba, depurándola de todas las imperfecciones de la jurisdiccion delegada, como se ha practicado hasta aquí inconcusamente en España, y quedando siempre ilesta la jurisdiccion ordinaria de los reverendos obispos, como se lee en las constituciones, segunda de Urbano iv, §. 3, veinte y siete de Clemente vii, §. 2, y el cap. *Per hoc de hæreticis* en el lib. 6.º de las Decretales, con la Clementina i del mismo título, y la Constitucion xvi de Inocencio iv; de suerte que es comulativa con la ordinaria: en cuya conformidad dixo el concilio de Narbona en el cánón xxi: *Sic enim quasi vir unus pugnantibus, et vincetis*. Y para estrechar mucho mas este enlace de ambas jurisdicciones, delegada, apostólica y ordinaria, para proceder con acierto en órden al objeto que se propuso la iglesia, estableció el Papa Bonifacio viii, en el citado capítulo *Per hoc de hæreticis*, lib. 6.º de las Decretales, que de qualquier modo que procediesen los reverendos obispos y los inquisidores en estos negocios, ya fuese en union, ó ya separadamente, no pudiesen dar la sentencia, sino precisamente en union de unos y otros, remitiéndose en caso de discordia los procesos á la Silla apostólica, aunque en España se ha practicado su remision privativamente al tribunal supremo, con arreglo á las disposiciones apostólicas concedidas á estos reynos. El Papa Benedicto xi en la extravagante *Ex co de hæreticis* decretó que la mutua comunicacion de procesos, prevenida por Bonifacio viii, no se hiciese hasta el fin, esto es, al dar la sentencia. Posteriormente Clemente v en la Clementina i *de hæreticis* arregló este punto, mandando que los reverendos obispos y los inquisidores pudiesen proceder juntos ó separados, excepto en el acto de sentencia y arresto, como largamente explican los autores de mejor nota, declarándose nulo por los mismos decretos citados todo quanto se practicase separadamente de aquello que está prevenido se haga de consuno, y quanto es consiguiente para su execucion y cumplimiento; pero en caso de ausencia de los reverendos obispos ó de los inquisidores, y en el de no hallarse presentes por qualquier accidente ó negligencia en concurrir á la expedicion de los negocios, deben mutuamente requerirse, y no compareciendo á los ocho dias, puede cada uno proceder por sí solo para que no se retrasen los negocios y la punicion de los hereges; y á fin de evitarlo, nombren siempre los reverendos obispos sus apoderados en el respectivo tribunal Provincial que les corresponde.

„ Explicadas ya las reglas que establecen la justa armonía, y estrecho enlace de estos ramos de la jurisdiccion de la iglesia para el procedimiento judicial en las causas de fe, veamos la ritualidad legal que se observa en esta clase de tribunales. En quanto á los negocios civiles y criminales que no

sen de fe, se sigue la práctica comun ; pero en quanto á estos, se observa lo prevenido por las instrucciones formadas por los inquisidores generales Torquemada, Manrique y Valdes, publicadas últimamente en el año de 1561 en virtud de las bulas expedidas al intento por el Papa Sixto IV, Inocencio VIII y Alexandro VI, conforme á lo dispuesto en las Decretales de Gregorio IX, Bonifacio VIII y Clemente V en el capítulo único *Multorum*, lib. 5.º, tít. *De hereticis*, explicadas, moderadas y reducidas á mejor práctica por las cartas del consejo llamadas Acordadas; atendida la vicisitud de los tiempos, y su antigüedad de 243 años, en que han variado mucho, con la advertencia expresa de que en esta clase de negocios está prevenido en el capítulo 17, que empieza *Per hoc, tít. de hereticis* del lib. 6.º de las Decretales, que observen los reverendos obispos el mismo método que está prescrito á los inquisidores; baxo cuya instruccion se forma el proceso con la mas detenida prolixidad, no en su duracion, porque no se pierde el menor momento en sus trámites, sino en apurar la verdad y justicia.

„ El juicio empieza siempre por delacion de parte ó fiscal, la qual se reconoce y ratifica á presencia de dos personas, que llama el derecho canónico *honestas*, porque deben ser de la mayor probidad; la qual no indicando prueba de testigos ó documentos, queda sin efecto; pero si los hubiese, se practica con el mayor cuidado, examinándose, y ratificándose los testigos en la misma forma que el delator. Se remite la calificacion, las doctrinas que resulten justificadas, y habiendo tanta prueba de ellas, sea en dichos papeles, ó de otra qualquier manera, quanta se necesita en los juicios comunes para sentencia, se procede al arresto, constando tambien por informes seguros la probidad, cristiandad y juicio del delator y testigos. Esta diligencia se executa, no por despreciables esbirros, sino por personas de calidad y distincion, con la prudencia y secreto que debe intervenir en semejantes casos. Constituido el reo en prision, no encuentra en ella el desaseo, la petulancia, la opresion, y el mal tratamiento de un alcayde inhumano, como se experimenta comunmente en todos los demas juzgados de la nacion, por el equivocado concepto de confundirse la custodia de los reos con su pena, la qual empiezan á sufrir desde el mismo dia en que entran en las cárceles. Muy al contrario el Santo Oficio: allí se encuentran habitaciones decentes, claras y aseadas: camas y toda asistencia, así en estado de salud, como de enfermedad y dolencia, por personas de calidad y confianza, sobre cuya conducta se vigila continuamente con visitas semanales, y en las tres pasquas con otras extraordinarias de caridad y consuelo, el qual se da á los reos con toda la extension que necesitan, y sugiere la piedad de los jueces por su carácter sacerdotal, costeándose estos dispendios por los mismos reos; si son acomodados, ó por el fisco siendo indigentes. A las veinte y quatro horas se le recibe declaracion indagatoria en una ó mas audiencias que sean necesarias, en que se dice al reo la causa de su arresto, y examina su patria, familia, profesion y creencia.

„ Despues se pone la acusacion por el fiscal en capítulos claros y sencillos; contesta el reo indudablemente á cada uno, y se le encarga nombre para el progreso y defensa de la causa el abogado que quiera de los del pueblo de aquella residencia; á cuyo efecto si no los conoce, se le da noticia de ellos, con expresion de los mas bien conceptuados, y al que elige se le recibe juramento especial de que le defenderá con toda exáctitud y justicia:

pone los escritos que tiene por convenientes , y practica quantas diligencias juzga oportunas , comunicando con su cliente en las veces que tiene á bien. Se hace la ratificacion de testigos en plenario en los términos explicados : se repite la calificacion de las doctrinas que motivan el proceso : se hace la publicacion de probanzas , y todas las diligencias subseqüentes , hasta la conclusion de aquel , el qual se ve y reconoce por los inquisidores , el ordinario y calificadores , concurriendo ademas varios consultores letrados , especialmente en los tribunales ultramarinos , en donde por la distancia no se consulta la sentencia , como en los de la península ; la qual dada en ellos , se remite al consejo , en donde se relee ántes de su aprobacion , y advierte lo conveniente , siendo todas las decisiones dirigidas á la coreccion espiritual de los reos ; pues siempre empiezan por ejercicios espirituales y confesion general , con otras medicinas correctorias al intento ; sin que de muchos años á esta parte se haya aplicado otra pena corporal afflictiva que la de destierro por corto tiempo , ó de presidio á personas de menor clase , leyéndose íntegramente toda la causa á presencia de cierto número de personas , segun su naturaleza , á no ser que por su gravedad sea indispensable hacerlo en público. Finalmente , todos estos procedimientos son nivelados á los que se practicaban en la primitiva iglesia con los penitentes , guardando siempre el debido decoro á la clase y carácter del procesado. El tormento se desterró en los tribunales del Santo Oficio ántes que en los demas , y lo mismo la gravedad de las penas que pudieron tener lugar en otros tiempos , atendidas las circunstancias que militaban entonces , siendo calumnioso quanto quiera decirse en contrario , y podria atestigüarse con la exposicion de muchas personas , y aun de varios generales franceses que procuraron informarse menudamente de todo en su primera entrada pacífica en España , confesando ingenuamente su desengaño y preocupacion , de que yo mismo puedo certificar.

„Lo particular que ocurre en los tribunales de la Fe es el inviolable sigilo que se ha observado siempre en el seguimiento de sus causas , y en callar y omitir los nombres del delator y testigos que intervienen en ellas , lo que pide un meditado exámen. Se pregunta con razon : en qué consiste esta novedad ? Y ya tenemos á la mano la respuesta. El Papa Bonifacio VIII en el capítulo xx , título *de hæreticis* del libro VI de las Decretales dice lo siguiente : „mandamos que si el obispo ó los inquisidores advirtieren que á los acusadores ó testigos que depongan en la causa de heregía , amenaza grave peligro por la demasiada prepotencia de las personas contra quienes se procede , si se publicasen sus nombres , deberán manifestarse solamente en secreto delante del obispo y los inquisidores , y otras personas de probidad llamadas al intento , con quienes se consultará la sentencia..... Y mas adelante , para ocurrir á la seguridad del acusador y testigos , y que se proceda con mas cautela en estos negocios , permitimos por la presente constitucion que el obispo ó los inquisidores puedan indicar el secreto á quienes expresarán , imponiéndoles la pena de excomunion á otras personas.... En lo qual procederán guardando tambien el secreto en union el obispo y los inquisidores en virtud de santa obediencia ; pero cesando el peligro ya dicho se publicarán los nombres como en los demas juicios.” El Papa Urbano IV en su constitucion *Licet* estableció y decretó la absoluta ocultacion , y lo confirmaron Inocencio IV en la constitucion XV , §. *Cum negotium* , y Pio IV

en la xx *Cum sit ut*, §. 1. Inocencio iv dice así: „queremos que los acusadores de la herética pravedad, y los testigos, de ningún modo se publiquen, por el escándalo ó peligro que se puede seguir de ello..... Siendo igual lo decretado por Pío iv, constitucion xi, en conformidad de lo dispuesto en los concilios de Beziers ó Bitterrense, canon x, y de Narbona, canon xxii, en estos términos: „debeis precaver, segun la próvida voluntad de la Silla apostólica, que los nombres de los testigos no se publiquen.” Fundándose esta excepcion de la regla comun, en que de esta manera se asegura que por falta de pruebas no quede impunito el delito de heregia con peligro de la religion, y los fieles, intimidándose los testigos, en manifestar la verdad por el temor de la persecucion que puede ocasionarles el reo acusado.

„Por ventura ¿será de menos atencion el delito contra la fe, que el de lesa Magestad humana? Pues lo mismo se observa en su proceso y en el de traycion, conjuracion contra pública autoridad, falsa moneda, latrocinio, y otros en que puede ocasionarse grave perjuicio al bien comun, como enseñan los juristas (*Lacroix, lib. 4, n. 1416*). Por lo que se sigue igual regla en las causas de adulterio y visitas eclesiásticas, y aun se previno tambien en la pragmática del libre comercio de granos expedida en el Reynado anteprecedente. En los primitivos tiempos del célebre Torquemada se vió prácticamente la utilidad de estas disposiciones, por lo que la poderosa influencia de los sectarios intentó barrenarlas de todo punto, ofreciendo en recompensa ochenta mil aureos de servir al Rey Católico en sus mayores ahogos, para perseguir y confundir por este medio á los buenos cristianos, lo qual resistió valerosamente aquel esforzado varon, exponiendo al monarca que si condescendia á tan vil propuesta, seria lo mismo que vender á Jesucristo en menor precio que lo hizo Judas, dexándole su santa imágen sobre la mesa para que consultase la resolucion; repitiéndose lo mismo en iguales apuradas circunstancias con el emperador Carlos v; pero lo contuvo el célebre cardenal Cisneros por medio de su enérgica representacion, de que hace referencia el historiador de su vida, coetáneo suyo, y catedrático de Alcalá Alvar Gomez. (*Impresion de Alcalá, año de 1569, fol. 184. b.*)

„Esta particularidad notable, que parece repugnante en lo legal, se suple suficientemente por otras diligencias, para evitar que lo establecido, solo por amor á la verdad, no se convierta en su detrimento; por tanto se previene en la bula de Urbano iv, que empieza *Licet*, ya citada, que los nombres de los testigos se ratifiquen y expresen delante de personas honestas y de probidad, esto es, consultores, como tambien se manda terminantemente por el Papa Bonifacio viii en el capítulo final de *hereticis*, lib. 6 de las Decretales, §. *Juvenimur*; á saber: que con su presencia se supla la citacion del reo para oir los testigos; y por lo mismo está igualmente encargado por lo mencionada bula de Urbano iv, y por otra de Clemente iv en el capítulo xi, §. *Verum de hereticis*, libro vi de las mismas Decretales, que todas las declaraciones y ratificaciones de los testigos se hagan á presencia de las dos referidas personas honestas, de conciencia, juicio y probidad. Ademas, porque puede suceder que de la ocultacion de los nombres de los testigos se siguiese el peligro de darse entera fe y crédito á los que por amistad, ú otra qualesquiera causa no deban conceptuarse íntegros, el juez inquisidor prevendrá al reo que exprese todas las personas que tenga por sospechosas, indicando la causa de ello, por qualquiera título que sea, para recibir la jus-

tificacion correspondiente, segun está mandado en el repertorio (*Verbo, nomina v. nunc videndum*), haciéndola tambien de oficio acerca de la condicion y qualidad de los testigos para meditar la fe que deba dárseles; y esta es la práctica comun, repetida y sentada por todos los autores que recopiló el cardenal Petra en su exposicion á la citada bula de Urbano IV, hallándose estrechamente encargado y mandado á los inquisidores que procedan con el mayor conato en el desempeño de quantas diligencias puedan conducir á suplir el hueco de la falta de publicacion de los nombres de los testigos; siendo moralmente imposible que no intervenga de parte del reo en el secreto impulso de la conciencia el testimonio que acusa interiormente al hombre, llamándole la atencion con la cita y memoria de las circunstancias que indiquen forzosamente las personas que hayan presenciado ó concurrido á los hechos. Influye poderosamente á estas disposiciones la circunstancia de hallarse preceptuado por decretos apostólicos á todos los fieles cristianos la precision de delatar á la iglesia á las personas que incurran en malas doctrinas opuestas á la fe y religion dentro de seis dias, privándoles del beneficio de la absolucion sacramental en otro caso, como expresamente se decide por Alejandro VIII en su constitucion, que empieza *Licet alias* del año de 1660, condenando en 24 de setiembre de 65 la proposicion VI, que dice lo contrario, por la regla general de que debe denunciarse á la pública autoridad todo lo que se dirija al daño comun de la república y el estado, sin preceder la correccion fraterna, como enseña Santo Tomas (2. 2. q. 3, art. 1); pues de lo contrario, no guardado el debido secreto, se retraerian los fieles de cumplir este precepto por el temor de desagradar á las personas delatadas, con las quales pueden mediar muchos respetos de sangre, amistad, favor &c., que deben posponerse al bien de la religion; constituyéndose los mismos de otra manera en la precision de proceder á cada paso con un tono heroico, que no puede ser comun, ni dado á todos; por lo qual en esta reclamacion, llamada denuncia, releva de prueba á su autor la ley de Partida (ley 27, tit. 4, part. 7), quando dice: „no son tenudos de probar aquello que dicen;” reservándose este cargo al oficio fiscal, el qual reúne tambien en el tribunal de la Fe el de mirar por la inocencia, en lo que consiste su verdadero carácter, como explicó claramente San Carlos Borromeo en el concilio IV de Milan, y se habia decretado antes en el de Noyon en Francia, celebrado año de 1344; pudiéndose temer que qualquiera otra novedad contraria haga ilusoria la confesion auricular en el proceso sobre el delito de sollicitacion.

„A esto se allega oportunamente que como la santa madre iglesia es tan benigna, que siguiendo los vestigios de su divino Maestro no quiere la muerte del pecador sino su conversion, tiene dispuesto que en qualquier acto ó trámite del proceso que indique el reo su verdadero reconocimiento, cesan los procedimientos contra su persona, aunque sea en el mismo suplicio, y se le admite á reconciliacion, como se decretó en el concilio Eterense, y por el Papa Lucio III en el capítulo IX *Ad tollendam de hereticis*, con otras decisiones y autoridades; lo qual se practica inconcusa y piadosamente, á diferencia de otros delitos en que no se liberta el perpetrante de la pena condigna, aunque con el mas sumiso arrepentimiento, v. gr. en el latrocinio, en lo qual resplandece la gran misericordia del Señor, pronto á perdonar á los que le ofenden directamente en la creencia de su celestial

doctrina y religion revelada. Asimismo es de advertir que la observancia de este secreto es interesante al reo , y en su favor ; porque de esta manera nadie sabe si ha sido ó no corregido , y á los jueces se les cierra la puerta á las debilidades que puede ocasionar el empeño , la recomendacion ó la influencia de los parientes ó amigos de los reos &c. &c. Todo lo qual se evita con el silencio , el que no es singular en el tribunal de la Fe , pues está prevenido igualmente á toda clase de tribunales , que se guarde mucho secreto en sus acuerdos y providencias , hasta que el estado de la causa permita su publicacion. Finalmente para que V. M. tome un conocimiento práctico de quanto llevo sentado en este punto , díguese mandar presentar á su augusta presencia un proceso bien moderno y notable , que se custodia en la secretaría de Gracia y Justicia , y verá en él un modelo de rectitud y justificacion , que puede servir de pauta á toda curia criminal.

De la necesidad actual del tribunal de la Inquisicion.

„Exâminado ya este importante punto , se descende oportunamente á otro no menos interesante , acerca de si es tan útil y necesario el exercicio del Santo Oficio en los tiempos presentes , como en los de su establecimiento , en beneficio de la santa religion y tranquilidad del estado. Ni la proscripcion de la heregía de Arrio , decretada en el concilio III de Toledo ; la de Prisciliano en el I tambien de Toledo y en el II de Zaragoza ; la de Pedro de Osma en Alcalá de Henares , en el que presidió Don Alfonso Carrillo , arzobispo de Toledo , por comision del Papa Sixto IV ; ni el castigo executado en tiempo del rey D. Juan el II de Castilla contra los beguados y fraticelos ; ni la heroica conducta de los españoles al tiempo de la irrupcion de los moros , retirándose á las mas ásperas montañas de la península , especialmente las memorables de Asturias , con todo lo perteneciente al culto de Dios y devocion de los fieles , permaneciendo tranquilas en sus hogares solo algunas familias de Toledo y Córdoba con los pactos mas solemnes , que aseguraron la religion y las propiedades ; ni el enérgico vigor con que varios prelados combatieron desde lo mas recóndito de aquellas los errores de Felix , obispo de Urgel , y Elipando , arzobispo de Toledo ; fueron suficientes á contener el torrente de males que inundaron esta católica monarquía en moral y político en aquellas tristes circunstancias , los quales aumentados en los tiempos posteriores con la infernal explosion que abortó en la Europa el furor frenético de varios herejías con sus discípulos y secuaces , constituyeron el reyno en la crisis mas peligrosa en la época de los Reyes Católicos , segun queda demostrado ; pero desde que con sus grandes y zelosas providencias dieron todo el vigor necesario á las leyes pontificias terminantes al Santo Oficio , se dexó ver aquella luz refulgente , que dispó las tinieblas hasta lo mas mínimo de su densidad.

„Desde entonces acá cesó la agitacion moral de las opiniones antidogmáticas , y quedó pura y brillante la doctrina católica , y eludidos los conatos de los hereges del Norte con el castigo del Doctor Cazalla en Valladolid , y el de otros emisarios suyos en Sevilla ; disipándose la semilla que intentó propagar tambien la secta llamada de los Iluminados con su oportuno escarmiento , practicado en la ciudad de Llerena , y proscriptos los restos supersticiosos que los moros habian esparcido por las sierras y aldeas,

son la falsa devocion y vana creencia de muchas personas, que conducidas de principios equivocados, se dedicaron á la abstraccion mística mal entendida. Entonces, pues, preparado el camino de la verdad evangélica, se dignó el Señor dispensar su misericordia á las regiones de América para que bebiesen puras las aguas de la sana doctrina, concediendo á los Reyes Católicos, en premio de su zelo, la gloria de que fueron los primeros apóstoles de la ley de Jesucristo en aquellas partes; para cuya conservacion el célebre Hernan Cortés, honra de Extremadura, propuso y solicitó en la primera junta de gobierno, tenida en México poco despues de su conquista, el establecimiento del Santo Oficio en ella, como refiere Torquemada en su historia de la Provincia evangélica, á fin de evitar que la diversidad de gentes que pasasen á aquellos remotos países, pudiesen inficionar la sagrada religion, que tan rápidamente iba desterrando la idolatría por todas partes.

„Pero comparemos nuestros tiempos con aquellos. La Francia, corrompida en lo moral hasta lo sumo, introduxo en toda la Europa lo pestífero de sus doctrinas con la prepotencia de sus armas. Siendo en España consiguiente su conducta á la perfidia con que se intrusó en todas sus provincias. La anarquía, la irreligion y la corrupcion de costumbres han sido el vínculo de sus intrigas. Los pueblos españoles, cubiertos de luto y sangre, lloran su desventura. El culto del verdadero Dios, quando no extinguido del todo, se encuentra en el estado de la mayor tibieza: el sacerdocio perseguido y abandonado: los derechos de la iglesia hollados y casi abolidos: los templos y casas de piedad despojados, profanados y destruidos: los padres de familia y las matronas honestas constituidas en miserable indigencia y abatimiento: la juventud de ambos sexos prostituida dolosamente á los halagüenos encantos de la sugestion voluptuosa; y todo finalmente próximo á una ruina exterminadora. Todos estos males, Señor, son del mayor momento; pero aun no llegan al que insensiblemente se introduce en lo íntimo de los corazones españoles, y ocasionará una dolencia incurable, la qual ha sido el vómito político de la Francia en el siglo xviii. Ya lo indique una mal entendida filosofía maquiabélica, que me temo haya de aumentar contra nosotros la ira del Señor, si no nos apresuramos á contener sus repetidos progresos.

„En todos los siglos ha producido la miseria humana desórdenes, vicios torpísimos y monstruosidades teóricas y prácticas; ¿pero en medio de ello se traslucía un oculto respeto á Dios, llenando de oprobio á las pasiones el gusano roedor de la conciencia. Los antiguos hereges no dieron en la manía de ser ateos, antes bien se dedicaron á fundar nuevas sectas, ó atacar á un dogma particular de nuestra creencia, sin oponerse á todas las verdades reveladas, porque este era un empeño tan temerario como irracional. Pero en el siglo xviii, que ostentó de ilustrado, ¡ó Dios! tomó la audacia de las plumas mal cortadas un ascendiente tan rápido, que declarando la guerra abiertamente á la religion, se desencadenaron contra Dios, sus atributos, Jesucristo y su santa fe, la iglesia, los sacramentos, y los demas misterios de la religion, rompiendo el infierno los diques á su furia por medio de un torrente de emisarios y librejos, que parece se han reunido para abolir de la tierra hasta el nombre de nuestro Salvador y Maestro.

„Para seducir mas facilmente á los incautos hacen el oficio de Pro-

teos, mudando de rostro, como de nombres, llamándose indiferentistas, tolerantistas, humanistas &c., siendo para ellos lo menos que haya ó no haya Dios; y si le hay, dicen, es suficiente asimismo, sin que le puedan ofender nuestros crímenes, ni él cuide de nuestras buenas ó malas obras, ni nos prohiba lo complaciente á nuestro apetito, no debiendo sacrificar nuestra obediencia, aun á nuestros padres naturales, de quienes suponen la procedencia, por un efecto del placer y natural propagacion como las bestias. Todos sus principios los reducen á dos, uno teórico, que es la libertad de pensar, y otro práctico, que es obrar cada uno lo mas acomodado á su deleyte, interes ó utilidad, segun la física sensibilidad de su temperamento, de los cuales deduce el impio Helvecio en su libro del Espíritu (*disc. 3, cap. 4*) el origen de todas las virtudes, sentando que los hombres no se diferencian de los caballos (*disc. 1, cap. 1*) sino en la disposicion exterior de los órganos. Los gefes principales de esta nueva escuela son Pedro Bayle en su Diccionario, La Matrie, Espinosa, Roseau, Voltayre, Diderot, Burnet, Mirabaud, Collins, Tindall, Woolston, Freret, Hobbes, Tolando, Coward, Dodwell, L'Vayer, Maylet, Hud, el Lord Shafsbury, Le Desaprobateur, el conde de Boulainvilliers, el marques de Argens, Loke, el tratado falsamente atribuido al reverendo obispo Huet sobre la debilidad del entendimiento humano, el Espion Turco, Helvecio, Teodoro Luis Lau, Boulanger, Epistolas judaycas, chinescas, cabalísticas, persianas, americanas, filosóficas, especímenes, anécdotas, y otros innumerables folletos con que han inundado el mundo y ocasionado la perdicion de muchas almas; unos anónimos, y otros con títulos supuestos, y varios con el propio, adornados de frontispicios pomposos, de flores y figuras retóricas, con que doran su veneno, de cuyo sofístico language hace un bello diseño el gran San Ambrosio en su epístola xxx, pintando otros embaucadores semejantes de su tiempo, que usaban de igual artificio, fascinando por este medio millares de almas, porque el número de los necios es infinito, y el de los verdaderamente sábios muy diminuto: vierten ciertas ráfagas de importuna erudicion, usan tambien de voces hebreas y griegas, y de especies de varias ciencias, aun de la teología, para ridiculizar las escuelas católicas con sátiras y sarcasmos, tomando para su intento lo que les parece de las costumbres de la China y del Norte. En sus rapsodias enciclopédicas se leen comparaciones exóticas, impías y estrafalarias de Mahoma con Moyses y Jesucristo, y del Evangelio con el Talmud &c. Mueven dudas importunas para ampliar algun sofisma ó ridiculizar alguna práctica piadosa del catolicismo, siendo uno de sus ardidés malignos y muy frecuentes exágerar con hipóboles los defectos que ven en algunos católicos, especialmente eclesiásticos, torciendo la cola contra la iglesia, pintándola aprobante de semejantes errores y crímenes, que ella misma condena, valiéndose de chuffetas, chistes, é historietas verdaderas ó fabulosas, por cuyo medio blasfeman de las mas respetables corporaciones de la iglesia. En algunos de estos librefeos se trata al Evangelio de un sacratísimo cuento; á sus ministros de hipócritas ambiciosos; á los mártires de hombres linfáticos y temerarios; á los santos padres de viejos supersticiosos, sin critica ni filosofía; á la religion católica de invento político de los príncipes para nutrir sus intereses y despotismo; al sacrificio de la Misa y los sufragios, artificio de los eclesiásticos para estafar, y á los milagros de cuentos romancescos. Finalmente

blasfeman contra Dios, la religion, la sociedad y la política mas racional, usando de la máxima artificiosa para hacer prosélitos de no descubrir desde luego la cara, huyendo siempre de entablar disputas metódicas y sistemáticas, á fin de evitar el ser combatidos por este medio. Blasonan del atributo de despreocupados y espíritus fuertes, contra los quales dixo en otro tiempo Aristóteles (*lib. 1. Magnor. Moral. c. 5*): „si alguno hay tan temerario que hasta del mismo Dios se burla, no se ha de llamar fuerte, sino fatuo.”

„Nunca tienen sistema religioso, pues le detestan: Teodoro Luis Lam dice (*loc. cit. c. 1. §. 21*): „Yo doy culto á Dios, segun la tierra en donde habito, ó príncipe que gobierna; si es turco, creo al Alcoran; si judío, al Testamento viejo; si cristiano, al Nuevo; si Papa, creo á Dios transubstanciado; si luterano, á Dios circunvalado de las partículas *in, cum, sum*; si calvinista, recibo un signo en lugar de Dios.” Esto mismo enseña Roseau en su Emilio (*tom. 3. pag. 184*), diciendo que mira á todas las religiones como otras tantas saludables instituciones, dirigidas á dar culto á Dios, teniendo todas sus razones fundadas en el clima, en el gobierno, en el genio del pueblo, y en otra qualquiera causa local. El mismo en otro lugar (*Contrato social lib. 4. cap. 8.*) blasfema de la religion católica, diciendo que impide á los hombres el que puedan ser á un mismo tiempo devotos y ciudadanos, porque léjos de unir sus corazones al estado, los desune de él, como de todas las cosas de la tierra. Muchas especies de esta clase pudiera citar, que omito, bastando decir que toda la Europa se ha ido corrompiendo con semejantes doctrinas, que ya pasan lastimosamente á las Américas, siendo la causa del desconcierto político que lloramos en todas partes. Bien se lo vaticinó al rey de Francia su venerable clero en la patética representacion que le dirigió en el año de 1765, la qual hizo presente al Parlamento el abogado Foly de Heuri, de que resultó el decreto de que se quemasen por mano del verdugo el diccionario de Bayle, y las epístolas de la Montaña, de Roseau, cuya querella renovó el abogado general Mr. Seguier estando juntas las dos cámaras en 18 de agosto de 1770. El Papa Clemente XIII (*in Brev. ad Abbat. nonat. 7 Abl. año de 1768*) dixo que Voltayre, autor mas famoso por la impiedad que por el ingenio, era el mas cruel enemigo de la religion y de la república. Clemente XIV en su breve, dirigido al rey de Francia año de 1770, pintó con su grande eloqüencia la audacia y los daños de estos librejos; y el Papa Pio VI en su bula encíclica á todos los obispos de la santa iglesia católica, fecha 25 de enero de 1775, dixo que cada día se suscitaban hombres orgullosos, que no contentos con ser impíos, se constituian maestros de la impiedad. Finalmente, hasta los mismos protestantes tocan estas funestas consecuencias. Oyase al ingles Woodward (*serm. 6 in collect. Burnet.*) y al obispo de Londres Mr. Hedmond Gibson en sus sermones y cartas pastorales á sus feligreses, y se encontrará la descripcion mas propia y oportuna de estos hombres desconcertados.

„Hay otros que, sin separarse de los principios generales, afectan cierta austeridad de costumbres en su estudiado exterior, siendo todo su empeño combatir la Silla apostólica, conducidos de los perniciosos principios que ocasionaron los extraviados decretos del reprobado sínodo de Pistoya, adoptando ciertos planes que se formaron en la Francia en otro tiempo, y se

renovaron en otras varias partes, los quales no pierden ocasion de adelantar sus ideas aprovechando quantas ocasiones se les presentan á propósito para ello. Ademas de lo referido se sabe desgraciadamente que hace cincuenta años se descubrió en una de las principales potencias de Europa una rama de esta filosofia, y retoño del Maniqueo, con el título de Metodismo, y metodistas sus sectarios, por el método en regla de sus operaciones, divididas en clases ó secciones, cuidando unas de atacar al sacerdocio y autoridad de la iglesia en todas sus funciones, otra á la dignidad real y la monarquía, y cada una dedicada á desorganizar el estado por todos los medios que les dicta su ojeriza, cuya semilla ha echado ya demasiadas raices en dos pueblos considerables de la península, con trascendencia demasiado peligrosa, y anuncio de consecuencias temibles contra la religion y el estado.

Plan de los tribunales eclesiásticos en España

„Ahora bien, Señor, en este tropel de fatalidades, en que la impiedad ataca ya abiertamente á la santa iglesia, ¿podrá esta madre amorosa desentenderse de proveer lo conveniente para reprimirla? ¿Estarán ociosas todas sus autoridades? ¿Será tiempo de suprimirlas, especialmente las destinadas únicamente á este objeto? Sería una temeridad intentarlo, y un testimonio clarísimo de tibieza hácia la santa religion verdadera. En España tiene la iglesia arreglado el orden judicial en la forma análoga á su desempeño: en las causas civiles y criminales conocen los tribunales diocesanos en primera instancia, el metropolitano en segunda, y en tercero la Rota; en lo tocante á las de fe y religion primero el tribunal provincial del Santo Oficio con el diocesano respectivo, y en apelacion al consejo por el orden establecido anteriormente en los tribunales seculares. Pues, Señor, ¿es á propósito la época actual de revolucion y desorden para desconcertar este metódico sistema, ahora que se halla derramada en el pueblo español la máxima mas nociva de los priscilianistas; á saber: calumnias, porque la calumnia siempre hiere, y los parages públicos de varios pueblos principales manchados con cedula de anuncios de papeles impíos, como sucedia en Bamberg y otras ciudades de Alemania en los tiempos de Martin Lutero y sus secuaces, que el orden civil siente una convulsion inesperada, y la iglesia española penetrada de amarguras con la cautividad del Santo Padre, y la de su Monarca católico? Esto seria ciertamente muy grato á los franceses, para fomentar sus ideas y adelantar sus progresos.

„Oygame ahora esos declamadores de todos tiempos contra el Santo Oficio, no á los que siguiendo las furiosas invectivas de los luteranos y calvinistas, renuevan sus calumnias y acusaciones pintando el Santo Tribunal como el mas odiado criminal, que sacrificaba sus víctimas en la Bastilla de Paris, ó en Vicenza de Venecia, los quales ya han sido rebatidos muchas veces, y lo quedan enteramente en este discurso; sino á los católicos preocupados por falta de instruccion, ó sugeridos de la malevolencia. Dicen los unos que no se conocia semejante tribunal en la primitiva iglesia, en lo que se equivocan, pues siempre le hubo, aunque no en la forma y planta del día, como queda demostrado arriba. Tampoco se conocian los provisoros y otros jueces eclesiásticos, los canónigos y demas destinos y dignidades que se han establecido posteriormente en la iglesia. Dicen otros, haciéndose procuradores de los reverendos obispos, que se les perjudica en su jurisdiccion sin

advertir que jamas han reclamado semejante agravio, antes bien solicitan con eficacia que no se haga novedad; siendo muy extraño que no extiendan estos voluntarios agentes sus quejas al perjuicio que puede causar á la jurisdicción episcopal el conocimiento de los que gradualmente son superiores por pura disposicion positiva como la metropolitana, mediante el privativo conocimiento que exerce en sus respectivas diócesis; y el que tambien puede ocasionar la concesion privilegiada de territorios exentos de todas clases, con demarcacion separada aun dentro de las mismas diócesis, y por personas de su comprehension, de que hay muchos exemplares, insistiendo solo en lo tocante á lo de fe, en cuyo ramo es en el que verdaderamente no se experimenta la menor lesion, segun lo ya sentado con sobrada claridad; y que ademas de la superintendencia general, que reside en la Silla apostólica sobre toda la iglesia, se la reservó expresamente en uno de los decretos finales de la sesion 25 y última del santo concilio de Trento la vigilancia y providencia de lo que ocurriere necesario y oportuno para el gobierno universal por los medios que juzgase mas convenientes.

„Dicen muchos que el tribunal de la Fe ofusca y obscurece las luces y la ilustracion con la prohibicion de libros, sin pararse á meditar que en esta parte no hace mas que cumplir los decretos de las sesiones 4 y 25 del mismo concilio de Trento: encargo hecho tambien á los inquisidores generales, y á los obispos por la regla x del Indice, en las que se reservó este punto al Romano Pontífice, y lo practicado anteriormente por otros prelados, entre ellos San Carlos Borromeo, que recomendó mucho este punto en su concilio iii de Milan, y varios padres de la iglesia. En el Niceno se mandaron quemar los de Arrio: en el de Efeso los de Nestorio; y en el de Rhems los de Abailardo. San Juan Crisóstomo hizo lo mismo con los de los montanistas, con auxilio del emperador Teodosio. Inocencio iv en su constitucion xviii, número 34, lo ordenó tambien respecto de aquellos en que se hallen viciados los sagrados códigos, y Juan xxii con los de magia, siguiendo el exemplar de los apóstoles con los de los agoreros, que se lee en el capítulo xix de la sagrada historia de sus hechos; y por la justa razon de que si por las leyes civiles se mandan quemar los que ofenden el honor de un ciudadano particular (*Unic. de libel. fam. can. fin. c. 5, g. 1*), ¿con quanto mayor motivo deberá hacerse con el que injuria á la Magestad divina? Los códigos legales del imperio romano se hallan llenos de decretos sobre la misma materia, prohibiendo que se comprehendiesen semejantes libros en la division de la herencia. Así como por lo contrario el cruel Diocleciano mandó severamente quemar los libros sagrados del catolicismo, lo que ocasionó el martirio de tantos insignes varones, como se lee en el martirologio de 2 de enero. Las referidas providencias son muy conformes á preservar de todo error; por eso con igual objeto entregaban al fuego los gentiles los libros que presumian manchar su religiosa supersticion: así lo hicieron tambien los atenienses con los de Protágoras, y los romanos con los que se encontraron en el sepulcro del rey Numá Pompilio, y antes Antioco mandó abolir los libros del antiguo Testamento por contrarios de la supersticion de su religion gentilicia; y en España se previno lo conveniente á este fin en la ley xxxviii, título vii, libro i de la Recopilacion. (*Todo esto se lee en el cardenal Petra com. á la bula ii de Inocencio iv.*) La verdadera ilus-

tracion no se adquiere en los libros perniciosos, sino en los de sana doctrina. Estos formaron la ciencia de los grandes sábios del siglo xv y xvi, que ennoblecieron la literatura española, y de los que tanto sobresalieron y brillaron en el concilio de Trento. Muchos gritan que el tribunal de la Fe ha sido el instrumento secreto de la intriga oculta del Gobierno, denigrando por este medio el ministerio de los mas recomendables de la iglesia, para cuyo desengaño basta presentarles dos célebres procesos, uno del tiempo del rey Carlos II, que anda en manos de todos, sobre calumniosas imputaciones á su confesor el maestro Fr. Froylan Diaz, y el otro bien moderno y de la misma clase contra dos prebendados de la santa iglesia de Avila, que actualmente existe en la secretaría de Gracia y Justicia, los cuales son documentos auténticos de la integridad y pureza de los jueces que sufrieron el sacrificio de su justificacion para manifestar á la corte la irreflexiva ligereza de sus ministros, y la equivocacion de sus conceptos en materias tan graves.

„Este es el tribunal del Santo Oficio, cuyo objeto único es mantener pura é ilesa la fe y la religion, sus leyes las mas meditadas, y sus procedimientos los mas gratos á la iglesia, pues en cada uno de ellos ha deramado pródigamente sus gracias apostólicas, como se advierte por infinitas bulas concedidas al efecto, y particularísimamente por la de Pio v que empieza *Si de protegendis*, recopilada en el Bulario magno de Querubín, folio 289: y otras concediendo muchas indulgencias; recomendada la observancia de la primera, con mucha estrechez, por San Carlos Borromeo en su concilio III de Milan, capítulo de lo tocante á la fe. Sus sentencias empiezan siempre por confesion general y ejercicios espirituales; la pena mas grave se reduce á reclusion de algunos meses en casas religiosas, para confortarse el corregido en los principios de nuestra sagrada religion; y quando se exige mayor en casos extraordinarios, no pasa de la confinacion por algunos años, y rara vez á presidio, que comunmente se remite á breve tiempo conocido el sincero reconocimiento del reo; pues si en alguna ocasion se incurria en la de azotes, solo sonaba en la sentencia sin executarse. Informen de estas verdades los mismos reos corregidos; digan ¿si no es cierto que quando se hallan complicados con otros delitos públicos de latrocinio, homicidio &c., por los cuales tienen que volver á los juzgados de su competencia, no se llenan de furor y sentimiento por el diverso tratamiento que experimentan? Este es, vuelvo á decir, el tribunal de la Fe, cuyo ministerio es irreprehensible, aunque sus individuos en todos tiempos no hayan podido libertarse de las debilidades humanas, como sucederá hasta el fin en todos los establecimientos de los hombres, mientras no puedan estos revestirse de la naturaleza angélica; la educacion literaria de estos jueces, y su profesion clerical impone á sus operaciones el freno del pundonor, inseparable del hombre honrado. ¿En donde estan esos tormentos tan decantados? ¿Esas hogueras tan asombrosas? ¿Esos verdugos y esos patibulos tan ponderados? Pudieron tal vez en los principios esgrimir su mayor severidad las leyes nacionales, con respecto á las circunstancias que militaban entonces; pero estoy seguro de que solo en los registros antiguos del Santo Oficio se encontraron algunos escarmientos extraordinarios, que ya no sirven sino de monumento historial, y no de executiva imitacion; pues aun los que restaban en los templos, anotados en ciertas tablas

equivalentes á los dípticos de la primitiva iglesia, ya estaba ordenado muchos años hace por el consejo, que conforme se renovasen los blanqueos de las iglesias, se quemasen, y que los registros de las familias, en las pruebas, no se realzasen mas allá de dos siglos. Quisiera poder presentar á V. M. los informes de la plana mayor que acompañó con el general Ribeaud al general Leclerc frances, muerto después, en la iglesia de Santo Domingo, y el célebre ingles Lord Holland, con los caballeros ingleses y escoceses que le acompañaban quando pasaron en dias separados á instruirse por curiosidad del tribunal de Castilla, quedando todos ellos desengañados de lo que falsamente habian leído en varios libros franceses.

„Finalmente, este es el tribunal de la Fe y la Religion, creado por la Silla apostólica, aprobado por los Concilios generales de Letran, de Viena y de Trento (*Sesion 4, en que aprueba el de Letran, prohibiendo los libros perniciosos.*), favorecido, consentido y auxiliado de los príncipes de la iglesia, protegido de las potestades seculares, respetado y querido de los buenos, suspirado por todos los amantes de la patria, temido de los hereges, y odiado de los impíos, regado con la sangre del martirio, y esmaltado con las virtudes de varones insignes que veneramos en los altares, contra el qual nunca tomaron la pluma sino Lutero y Calvino con sus secuaces en el tiempo de su creacion, persiguiéndole por medio de sus edictos en varias partes del Norte, y posteriormente en la Francia por los tiempos de Henrique IV, en que tanto alborotaron los hereges hugonotes, y varios preocupados por sus prosélitos, cuyas doctrinas han minado lastimosamente aquel reyno; pero en la España jamas hasta estos desgraciados dias, en que varias plumas se han desconcertado demasiado, sea por ignorancia ó malevolencia, y en términos tan inmoderados que se hace increíble en la religiosidad inveterada de los españoles, recopilando y renovando las invectivas calumniosas que insertó en cierta carta el ciudadano Gregoire, obispo intruso de Blois, dirigida á D. José Ramon de Arce, arzobispo de Zaragoza, el año pasado de 1799; de suerte que con muchas propiedad podría repetirse al presente lo que dixo en el siglo V el célebre Claudiano, obispo de Marsella, *mutata est sors Hispanie*, se ha mudado la suerte de la España; pero ¿qué digo, Señor, haberse mudado? El mismo carácter conservan sus provincias, y por tanto no seria prudente y juicioso hacer novedad notable con el Santo Oficio en tiempo tan peligroso como el actual, con desagrado de muchos, animando la desconfianza y la desunion. No por cierto: seria, sí, dar pábulo á nuestros enemigos; seria entibiar los sentimientos religiosos; que ya padecen bastante frialdad desde que se escribe con tanta impunidad, y seria fomentar el germen napoleónico que por desgracia nos persigue, y de que hay documento irrefragable, diciéndose con verdad que la obra empezada por Napoleon se consumaba por V. M. Sirva en abono del Santo Oficio quanto han escrito en su favor varones insignes en virtud y letras, entre ellos el conde Muzarelli en su obra del Buen uso de la lógica en materia de religion, los cardenales Petra y Alvizi, con otros muchos, y sobre todos la insistencia que hicieron los prelados españoles en el concilio de Trento para que en nada se perjudicase al tribunal de la Fe en España, como escribe en su historia el cardenal Palavicino, que fué el diarista de aquella sagrada asamblea (*El. 15, cap. 20, §. 11, lib. 19, §. 16*); pero si aun no estu-

viere V. M. satisfecho de sus servicios é importancia, hay en el reyno prelados recomendables y ministros de integridad, que en union pueden examinar su restablecimiento, para acordar con pleno conocimiento la providencia mas conforme al servicio de Dios y bien del estado, teniendo en consideracion que Oza puso la mano en el arca del Testamento, y murió repentinamente, y que en el dia la principal ocupacion de V. M. es libertar la monarquía de la tiránica opresion de Bonaparte, lo qual no puede verificarse sin que concurran tres requisitos indispensables, que son religion, milicia, y buena armonía con nuestros aliados. Religion, porque sin ella nuestras operaciones no procederán unidas, nuestras costumbres padecerán una terrible relaxacion, y el culto de Dios verdadero un abandono espantoso, de que forzosamente ha de seguirse la privacion de los divinos auxilios, y el ser al fin miserable presa de nuestros enemigos; pues como dice en el libro II de los Macabeos „no consiste la victoria en la muchedumbre de los exercitos, sino en la fortaleza y vigor que Dios les comunica.” Milicia, porque sin el fuerte brazo del soldado no se puede resistir al enemigo, y así es preciso asistirle en sus necesidades, honrarle y distinguirle sobremanera, para que, alentado con nuestro auxilio y amor, arrostre los peligros de la guerra, principalmente quando sabemos que nuestros exercitos han unido siempre la religiosidad con la bizzarria; díganlo sino las guerras de Italia, de Flandes, de Francia y las conquistas de América. ¿En donde han introducido jamas el error ni la mala doctrina? Pueden tal vez haber incurrido en la licenciosidad que produce forzosamente su exercicio; pero sin causar la menor lesion al dogma y á la creencia que han sostenido siempre con firmeza. La armonía con nuestros aliados es la fuente de nuestros auxilios, que deben formar la prenda de nuestra gratitud á la generosidad con que derraman su sangre en nuestro obsequio, y defensa de nuestra libertad, único medio de conseguirla. Si V. M. reúne oportunamente estos tres puntos, tremolará sus banderas victoriosas sobre las águilas francesas. De lo contrario las desgracias lloverán sobre los heroicos pueblos españoles.

„He dicho y manifestado á V. M. quanto dictan la verdad, la justicia y la razon; protestó á los pies de Jesucristo crucificado, cuya santa imágen está presente, no tener otro interes ni objeto en el asunto que el general de la religion y la patria, de que he dado bien públicos testimonios desde el principio de nuestra revolucion, y cuyo estímulo debe ser comun á todos los españoles; y para reasumir al final de este escribo mi voto, siento primero los corolarios siguientes:

1. Los libros sagrados del viejo y nuevo Testamento comprueban la ira del Señor contra los infieles á su divina doctrina.
2. Nuestro adorable Salvador y sus santos apóstoles y discipulos enseñaron y practicaron lo mismo.
3. La Santa iglesia católica, apostólica, romana, depositaria de la autoridad divina, persiguió en todo tiempo las heregias y errores, haciendo inquisicion y pesquisa de ellos.
4. Los venerables padres de la iglesia, los pontífices, los concilios y los obispos castigaron y reprobaron los errores con las penas mas graves de la iglesia, y solicitaron de los príncipes seculares, aun gentiles, la aplicacion de otras mayores.
5. En el siglo XIII tuvo principio formal en Francia el tribunal del

Santo Oficio contra la pravedad herética , y en España en el reynado de los Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel , por lo respectivo á Castilla ; y en Aragon y Cataluña mas de un siglo antes.

6. La jurisdiccion del Santo Oficio , aunque al principio fué delegada se convirtió despues en ordinaria.

7. No es perjudicial á la autoridad episcopal , sino coadjutoria y unida á su ministerio.

8. Sus leyes y estatutos estan formados con autoridad apostólica y auxilio de la temporal.

9. Su método y ritualidad judicial es conforme á lo dispuesto por ambos derechos , y en nada se opone á la constitucion española.

10. El ejercicio del Santo Oficio es tan interesante en el dia como en el tiempo de su fundacion.

11. El supremo tribunal de la Fe ha reunido siempre la autoridad apostólica y temporal con todas las atribuciones correspondientes.

12. Este supremo senado nunca ha sido suspendido sino de hecho por Bonaparte.

13. No continuarle en el ejercicio de sus funciones es confirmar lo que hizo aquel tirano.

14. Nadie ha infamado al tribunal de la Fe sino Lutero , Calvino , y sus secuaces y admiradores. Los hugonotes , discípulos de ellos , en tiempo de Henrique IV de Francia , y los resortes actuales de Napoleon.

15. Su restablecimiento es urgentísimo é importante , reclamado eficazmente por los prelados de la iglesia y por los buenos españoles.

„En vista de todo lo qual repruebo la proposicion primera , por su sentido obscuro ; y por contraria á la libertad de los derechos é inmunidad de la iglesia.”

Al llegar aquí el orador , propuso el *Sr. Mexía* que se suspendiese la lectura del escrito , por ser ya muy tarde , y que se dexase su continuacion para el dia siguiente. Así quedó resuelto ; con lo qual se levantó la sesion.

SESION DEL DIA 10 DE ENERO DE 1813.

Antes de continuar la discusion , pidió el *Sr. Couto* que el *Sr. Riesco* repitiese la expresion que vertió ayer en su escrito , sobre que la presente quæstion pareció ser una contienda entre Jesucristo y Napoleon. Repitióla el *Sr. Riesco* , y continuó la lectura de su escrito del modo siguiente:

SEGUNDA PARTE.

Análisis del dictámen de la comision.

„He presentado á V. M. en la primera parte de este discurso el tribunal de la Fe baxo el aspecto legal histórico y político que le forman , los monumentos auténticos que llevo citados con las zelosas ideas de la Silla apostólica , los prelados mas insignes de la iglesia , los concilios generales y provinciales , y la devota sumision de los príncipes católicos con los fieles de la